



TM

MILITIA OF THE
IMMACULATA
MI NATIONAL CENTER - USA

P.O. Box 5547, Peoria, IL 61601

331-223-5564

MilitiaoftheImmaculata.com

¡AHÍ TIENES A TU MADRE!



*El camino a la Consagración Total a
Nuestra Señora según la espiritualidad de
San Maximiliano Kolbe*



TM

MILITIA OF THE IMMACULATA

MI NATIONAL CENTER - USA

© 2024 Militia of the Immaculata

Para pedir copias u obtener la autorización para imprimir,
favor de dirigir su solicitud a MINational@MissionImmaculata.com
Traducción del inglés al español realizada por Althea D. Sidaway, junio 2021.

TABLA DE CONTENIDO

<i>Introducción</i>	4
San Maximiliano y la Milicia de la Inmaculada	5
Del Evangelio según San Juan	6
1. En la escuela de la palabra: Lectio divina sobre Juan 19, 25-27	7
2. Consagración a la Inmaculada: En el corazón de la Trinidad, la mirada fija en Cristo.	11
3. Consagración a la Inmaculada: Con María en la Iglesia	16
4. Consagración a la Inmaculada: Un camino hacia la santidad, siguiendo los pasos de María, la Virgen oyente en oración	20
5. Consagración a la Inmaculada: Un camino hacia la santidad, siguiendo los pasos de María, la Virgen oferente y la Virgen Madre	24
6. Con María en una misión: El camino misionero de San Maximiliano Kolbe	29
<i>Presentando la Milicia de la Inmaculada</i>	39
Acto de Consagración Total a María en la Milicia de la Inmaculada	51

INTRODUCCIÓN

Queridos Caballeros de la Inmaculada y Amigos que se preparan para la consagración total,

¡María!

La oficina internacional de la Milicia de la Inmaculada (M.I.) ha proporcionado un programa de preparación para la consagración total a la Inmaculada, que la M.I.-USA ha publicado en formato de folleto. Este folleto muestra el camino que los individuos, las Aldeas de la M.I. y los grupos pueden seguir para la consagración total y la formación permanente. Al preparar este folleto, se tomaron citas de un conjunto de cartas en dos volúmenes y varios escritos de nuestro fundador, San Maximiliano Kolbe. Se pensó meticulosamente en la preparación del texto principal y las preguntas para la reflexión que nos ayudaran en el camino correcto.

A medida que seguimos el camino de la consagración total a nuestra Santísima Madre, llegamos a los ideales espirituales que San Maximiliano imaginó para la Milicia de la Inmaculada. Su objetivo era que todos los Caballeros de María se convirtieran en santos en sus amorosos brazos. Este camino nos acerca a través de María al Sagrado Corazón de su Hijo Jesucristo y a su Iglesia, y nos anima a ganar el mundo entero para Él a través de su Inmaculado Corazón.

Al comenzar nuestro viaje y preparación para convertirnos en Caballeros de la Inmaculada, recordemos a los muchos santos que se consagraron a Nuestra Señora en sus pruebas y búsqueda de la santidad. Tratemos, sobre todo, de parecernos a María, la discípula perfecta de su Hijo. Sinceramente creo que este folleto es un regalo precioso que os guiará y os mantendrá en el camino recto y estrecho hacia la santidad. Que nuestra Madre María descanse en vuestros corazones y os ilumine en el camino.

Ronald L. Rodrigues
Presidente Nacional de la M.I.- EE.UU.

P.S. Todas las citas de San Maximiliano en este folleto son tomadas de la versión en lengua española de la obra, *Escritos de San Maximiliano Kolbe*, Centro Internazionale Milizia dell'Immacolata, Roma, 2003, y son referenciadas con la abreviatura EK seguida por un número secuencial.

SAN MAXIMILIANO KOLBE Y LA MILICIA DE LA INMACULADA

San Maximiliano Kolbe nació en Polonia en 1894 y, cuando tenía unos 10 años de edad, tuvo una visión de la Virgen María. Ella le ofreció una corona blanca y una corona roja, que representan la pureza y el martirio. Él eligió ambas, en presagio de su vida de pureza evangélica y amor sacrificado. En 1910, se incorporó a la Orden de Frailes Franciscanos Conventuales. Estudió en Roma donde, el 16 de octubre de 1917, con otros seis jóvenes frailes, fundó la Milicia de la Inmaculada (M.I.), la cual goza ahora de la denominación Asociación Pública Internacional de Fieles, erigida por la Santa Sede. La M.I. está abierta a católicos de todos los ámbitos de la vida y promueve la consagración total a María Inmaculada como la forma más eficaz de vivir nuestro Bautismo y Confirmación. La M.I. alienta a todas las personas de buena voluntad a que le den la bienvenida a Nuestra Señora en su vida y desarrollen una relación de confianza con Ella. El objetivo de la M.I. es “ganar el mundo entero para Cristo a través de la Inmaculada”, Madre de Dios y de la Iglesia.

Ordenado sacerdote en 1918, el padre Maximiliano regresó a Polonia y comenzó su incansable actividad misionera, comenzando una revista mensual y estableciendo dos centros de evangelización dedicados a la Virgen Inmaculada: Niepokalanów, la “Ciudad de la Inmaculada”, en Polonia, y Mugenzai no Sono, en Japón. Imaginó centros misioneros en todo el mundo. Para mejor “ganar el mundo para Cristo a través de la Inmaculada”, utilizó las técnicas más modernas, incluyendo la radio de onda corta, y tenía planes para construir un estudio cinematográfico.

En 1939, durante la Segunda Guerra Mundial, en Niepokalanów, el padre Maximiliano recibió a miles de refugiados, en particular a judíos. En 1941, fue arrestado por los nazis y llevado al campo de concentración de Auschwitz. Allí ofreció su vida por otro preso y fue condenado a una muerte lenta en un búnker de hambre. El padre Kolbe murió el 14 de agosto de 1941 a causa de una inyección de ácido carbólico. El Papa San Juan Pablo II lo canonizó como Santo y Mártir de la Caridad el 10 de octubre de 1982.

San Maximiliano Kolbe es considerado el Santo patrón de los periodistas, las familias, los prisioneros, el movimiento pro-vida, los adictos a las sustancias químicas y los que padecen trastornos alimentarios. El discernimiento de San Maximiliano sobre la Inmaculada Concepción anticipó a la teología mariana del Concilio Vaticano II y avanzó la comprensión que tiene la Iglesia del papel de María en el Plan de Salvación de Dios. Su pensamiento mariano resuena en la enseñanza mariana tanto de San Juan Pablo II como de Benedicto XVI.

DEL EVANGELIO SEGÚN SAN JUAN

“Junto a la cruz de Jesús estaban Su Madre, la hermana de Su Madre, María de Cleofás y María la Magdalena. Jesús, viendo a Su Madre y al lado al discípulo predilecto, dice a Su Madre: ‘Mujer, ahí tienes a tu hijo’. Después dice al discípulo: ‘Ahí tienes a tu madre’. Y desde aquel momento el discípulo se la llevó a su casa. Después, sabiendo que todo había terminado, para que se cumpliese la Escritura, Jesús dijo: ‘Tengo sed’. Había allí un jarro lleno de vinagre. Empaparon una esponja en vinagre, la sujetaron a una caña y se la acercaron a la boca. Jesús tomó el vinagre y dijo: ‘Todo se ha cumplido’. Dobló la cabeza y entregó el espíritu. Era la víspera del sábado, el más solemne de todos; los judíos pidieron a Pilato que hiciera quebrar las piernas de los crucificados y mandara retirar sus cuerpos para que no quedaran en la cruz durante el sábado. Fueron los soldados y quebraron las piernas a los dos crucificados con Él. Al llegar a Jesús, viendo que estaba muerto, no le quebraron las piernas; sino que un soldado le abrió el costado con una lanza. En seguida brotó Sangre y agua. El que lo vio lo atestigua y su testimonio es verdadero; él sabe que dice la verdad, para que también ustedes crean”.

(Juan 19, 25-35)



1. EN LA ESCUELA DE LA PALABRA: LECTIO DIVINA SOBRE JN 19, 25-27

Accedemos al corazón de la espiritualidad de Kolbe y la consagración a la Inmaculada colocándonos en la escuela de la Palabra de Dios.

Para nuestros fines, el texto más emblemático de la Sagrada Escritura es, sin duda, Juan 19, 25-27.

San Maximiliano también se refería a este pasaje: se admiraba del plan amoroso de Dios y se detenía en el exuberante don del amor de Dios, que se representa en la Madre. “Otro don”, escribió, un don que proviene de la gratuidad pura del corazón de Dios en Cristo. Esto es lo que dijo San Maximiliano:

“¿Quién se atrevería a suponer?... ¿Qué más podrías darme?, oh Dios, después de haberte ofrecido a mí en propiedad.... Tu Corazón, ardiente de amor hacia mí, te sugirió otro don. Sí, ¡uno más!... Tú nos mandaste que nos hiciésemos niños, si queríamos entrar en el Reino de los Cielos [Mt 18,3]. Tú sabes muy bien que un niño necesita una madre: Tú mismo estableciste esta ley de amor. Por tanto, tu bondad y tu misericordia crearon para nosotros una Madre, la personificación de tu bondad y de tu amor infinitos, y desde la Cruz, en el Gólgota, nos la ofreciste a nosotros y nos ofreciste a Ella...” (EK 1145).

Leamos con San Maximiliano la fuente de este don, allí en el Calvario, con María y Juan, para captar el significado de este evento para nosotros hoy...

Lectio divina sobre Jn 19, 25-27

El contexto es solemne. Estamos en el punto culminante de la vida de Cristo, cuando Jesús reveló en plenitud Su gloria. Está en la Cruz, la cruz que Lo elevó al cielo y de la que atrae a todos hacia Sí (cf. Jn 12, 32). Es el cumplimiento de nuestra salvación, el corazón del misterio pascual de Cristo, el momento del don supremo del amor: “Tanto amó Dios al mundo, que entregó a Su Hijo único” (Jn 3, 16). El Padre manifestó ese amor por medio del don de Su Hijo en la Encarnación, y ese misterio ahora culmina en el don de Su vida por nosotros.

Es en este contexto solemne que se da el don de la Madre, el penúltimo acto, podríamos decir, de Su entrega de Sí Mismo por nuestra salvación. En el versículo 30, San Juan nos dice: “Cuando tomó Jesús el vinagre, dijo, ‘Todo está cumplido.’ E inclinando la cabeza entregó el espíritu.”

En este contexto solemne, la encomienda es de gran valor: el don de la Madre es parte de lo que Jesús debía realizar. Parece que todo se ha acabado después de la encomienda del discípulo a la Madre y de la Madre al discípulo.

v. 25: En el Calvario, encontramos a cuatro mujeres, entre las cuales destaca la “Madre de Jesús”, y Juan se refiere a Ella con ese título. También en Caná la llama por ese título.

v. 26-27: En estos versículos tenemos lo que los eruditos llaman un “esquema de detección”: **Jesús ve - Él dice - He ahí** ... Encontramos este esquema nuevamente en el Evangelio de San Juan, en el que Juan el Bautista ve llegar a Jesús y dice: “**He ahí**, el Cordero de Dios” (cf. Jn 1, 29-30; Jn 1, 36).

Este esquema literario revela la misión del personaje indicado. Por eso, en el pasaje sobre la Cruz, Jesús explica a la Madre cuál es su misión: ser la madre del discípulo.

Pero, ¿quién es el “discípulo amado”?

Es aquél que recibe la Palabra de Dios y obedece los mandamientos de Jesús; es decir, el que ama como Él nos amó. Aquí, entonces, el discípulo representa a todos los discípulos del Señor. El “discípulo amado” podría ser tú o yo: cada uno de nosotros es amado por Jesús.

La maternidad de María, la cual comenzó en la Anunciación, asume en el Calvario una dimensión universal. Desde entonces, como enseña el Concilio Vaticano II, María cuida a los hermanos de su Hijo (cf. LG 62), que se convierten desde ese momento en sus propios hijos.

Sí, desde “*aquel momento*”, como está escrito en el Evangelio de Juan. Es la hora de la Cruz, la hora de la manifestación de la gloria de Cristo, la hora de la salvación, el corazón del misterio pascual del mismo Cristo.

¿Qué pasa a partir de aquel momento? “*El discípulo se la llevó a su casa*”.

Juan “acoge entre sus cosas propias” a María al llevarla a su casa “y la introduce en todo el espacio de su vida interior”, como escribe San Juan Pablo II en su encíclica, *Redemptoris Mater* (45). También nos incumbe hoy este don de Dios. Todo discípulo del Señor, el día de su Bautismo, junto con los dones de Cristo, recibe el don de la Madre.

Consagrarse a María no significa, por tanto, “crear” ese don, inventar algo.

El don es un regalo, es gratuito e inmerecido y lo sigue siendo incluso si no somos conscientes de ello. María siempre ejerce su maternidad, seamos conscientes o no del hecho. Lo que podemos hacer es aceptar el don de la Madre, como todos los dones de Cristo. Aceptarla a Ella, como lo hizo Juan; llevar a María a nuestra casa, a nuestra vida, vivir esta relación Madre-hijo con gratitud y en conciencia.

Sigue San Juan Pablo II:

“Significa tomar con nosotros –a ejemplo de Juan – a quien una vez nos fue entregada como Madre. Significa asumir, al mismo tiempo, el compromiso de conformarnos a Cristo, aprendiendo de Su Madre y dejándonos acompañar por Ella” (Ecclesia de Eucharistia, 57).

Hay otro pasaje que nos anima a llevar a María con nosotros. Es un texto del Evangelio de Mateo: *“No temas tomar contigo a María, tu mujer, porque lo engendrado en Ella es del Espíritu Santo” (Mt 1, 20).*

Es la invitación del ángel que se le apareció en sueños a José, cuando él se había decidido repudiarla en privado. Esta maternidad proviene del Espíritu: es un don del Espíritu. Esto es verdad en cuanto se refiere a la maternidad de María para con Jesús como también lo es en cuanto a su maternidad espiritual para con nosotros.

“Dará a luz un hijo...”, le dijo el ángel a José.

Esto es la esencia de la maternidad espiritual de María: dar a luz a Jesús dentro de nosotros.

Ésta es la Maternidad de María: formar a Jesús en nosotros.

San Juan Pablo II lo recordaba muy bien en varias ocasiones, como cuando, dirigiéndose a los jóvenes, los invitó a invitar a María a que entrara en sus vidas: *“Es Ella la que, mediante su ministerio materno, os educa y os modela hasta que Cristo esté formado plenamente en vosotros” (Mensaje “Ahí tienes a tu madre” (Jn 19, 27), para la XVIII Jornada Mundial de la Juventud, 13 de abril de 2003, n. 3).*

San Maximiliano, a su vez, nos invita a vivir la consagración a María con esta conciencia:

“En el vientre de María, el alma debe renacer según la forma de Jesucristo. Ella debe alimentar el alma con la leche de su gracia, formarla delicadamente y educarla, así como alimentó, formó y educó a Jesús. En

su regazo el alma debe aprender a conocer y amar a Jesús. Del corazón de María debe tomar el amor a Él, más aún, amarlo con su corazón hasta llegar a ser semejante a Él a través del amor” (EK 1295).

San Maximiliano sugirió un programa verdaderamente hermoso.

No debemos de preocuparnos por tomar a María en nuestra vida ya que se trata de experimentar este tipo de maternidad que nos lleva a conformarnos con Cristo, a ser semejantes a Él en el amor, ¡mandamiento único del Señor!

Hay otro pasaje muy inspirador de los Escritos de San Maximiliano que revela un significado aún más profundo de la consagración a María:

“He aquí la M.I, hacer que entre en todos los corazones, que nazca en todos los corazones; que Ella pueda, entrando en estos corazones y, habiendo tomado posesión lo más perfectamente posible de ellos, dar a luz allí al dulce Jesús, Dios, y hacerlo crecer hasta la edad perfecta. ¡Qué hermosa misión!... ¿Verdad? ... La divinización del hombre hasta el Hombre-Dios, a través de la Madre del Hombre-Dios” (EK 508).

Este texto agrega algo nuevo. Acoger a María en nuestra vida es acoger y experimentar su maternidad en nosotros con plena conciencia, pero dentro de esta conciencia encontramos no sólo la aceptación de la maternidad espiritual de María, sino también la disposición para ser colaboradores de su maternidad hacia toda persona. ¡Esta es la interpretación rica y original del padre Kolbe!

La maternidad de María no solamente se nos da a nosotros, también se nos confía. Habiendo experimentado su maternidad, hoy podemos convertirnos en sus colaboradores.

La acción evangelizadora de la Iglesia es precisamente la prolongación de la misión maternal de María.

El M.I. es “hacer que entre en todos los corazones” para que pueda ejercer su maternidad espiritual: “¡Qué hermosa misión!... ¿Verdad?”, ¡dice San Maximiliano!

Pregunta para la reflexión y discusión:

¿Cuál es el papel de María en la Historia de la Salvación y en mi historia personal?

2. LA CONSAGRACIÓN A LA INMACULADA: EN EL CORAZÓN DE LA TRINIDAD, LA MIRADA FIJA EN CRISTO

El don de la Madre, el entregarnos y consagrarnos a María, nuestra pertenencia a Ella, son en sí mismos un don de la Santísima Trinidad.

El Padre revela todo Su amor por nosotros en el sacrificio del Hijo en la Cruz. El Espíritu hace vivo y presente el don del Cristo Crucificado. El amor que el Padre manifestó en Cristo nos lo ofrece el Espíritu Santo, Quien permanece para siempre en la Iglesia.

La maternidad de María, por tanto, también nos la ofrece el Espíritu Santo. Así como su maternidad física es obra del Espíritu (“lo engendrado en ella es del Espíritu Santo”), su maternidad espiritual es del Espíritu Santo.

Entonces es un regalo de la Trinidad, pero también se refiere a la Trinidad. La Consagración a María tiene como fin y como máxima referencia a la Trinidad, porque toda la vida cristiana está relacionada con la Trinidad. María misma está enteramente relacionada con la Trinidad:

“[Ella] está enriquecida con la suma prerrogativa y dignidad de ser la Madre de Dios Hijo, y por eso hija predilecta del Padre y sagrario del Espíritu Santo” (LG 53).

San Maximiliano se preocupó mucho por la dimensión trinitaria de la consagración a María, porque todo lo que le sucedió a María es obra de la Santísima Trinidad. María vivió una experiencia única de la acción de la Santísima Trinidad en su vida, durante el momento de la Anunciación:

“Dios Uno y Trino, mira la bajeza (es decir, la humildad, el fundamento de todas las virtudes presentes en Ella) de su sierva y ‘Aquél que es Omnipotente’ hace en Ella ‘grandes cosas’ [cf. Lc 1, 49]. Dios Padre le confía como hijo a su propio Hijo, Dios Hijo baja a su vientre, mientras el Espíritu Santo plasma el Cuerpo de Jesús en el vientre de la Virgen Purísima. Y ‘el Verbo se hizo Hombre’ (Jn 1, 14). La Inmaculada se convierte en Madre de Dios: Cristo, Hombre-Dios, es el fruto del amor de Dios Uno y Trino y de María Inmaculada” (EK 1295).

Es importante comprender que, a la luz de las consideraciones del padre Kolbe, la profunda relación entre María y la Trinidad es la razón por la que nuestra consagración a Ella implica iniciar un itinerario que nos conduce al encuentro con la Santísima Trinidad.

María concibió por obra del Espíritu Santo y en su vida siempre fue dócil a la acción del Espíritu. Nuestra consagración / entrega a María, por tanto, se convierte en confianza en la Presencia Divina. En el Espíritu Santo, María cuida de mí, de nosotros, del mundo. Mi vida y la del mundo están en buenas manos. En manos del Espíritu, en primer lugar y de esta Madre, que ejerce su maternidad por el Espíritu Santo. Es el Espíritu quien une a María con Él mismo en la obra de la santificación de los hombres. Esta maternidad “*en el orden de la gracia*” (LG 61) que María ejerce en la Iglesia, es en el Espíritu Santo. Todavía hoy, como aquel día al pie de la Cruz, recibimos el don de esta maternidad gracias al Espíritu Santo, como ya hemos señalado.

María, por su parte, desde el momento de la Anunciación, fue siempre dócil a la acción del Espíritu. San Lucas subraya la actitud habitual de María, que “*guardaba todas estas cosas y las meditaba en su corazón...*” (Lc 2, 19.51). María lo cumplió en el Espíritu Santo, en Quien vive el Verbo. La primera actitud para vivir nuestra consagración a María es precisamente la de escuchar al Verbo con total disponibilidad, confianza y entrega al Espíritu.

“*Déjate llevar... por el Espíritu Santo. Déjate llevar por el Espíritu Santo a través de la Inmaculada*” (EK 987 C), como se recordaba a sí mismo San Maximiliano, en un texto que habla de la consagración a María como entrega de sí en las manos de María y docilidad a la obra que realiza el Espíritu en nosotros a través de Ella.

María es la hija predilecta del Padre, como está escrito en el texto del Concilio Vaticano II (LG 53). Vemos en Ella el plan plenamente realizado de Dios para sus criaturas: “*Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo.... por cuanto nos ha elegido en Él antes de la fundación del mundo, para ser Santos e inmaculados en Su Presencia, en el amor; eligiéndonos de antemano para ser Sus hijos adoptivos por medio de Jesucristo, según el beneplácito de Su voluntad*”, escribe San Pablo en la epístola a los Efesios (1, 3-5). En este sentido, María es la hija predilecta del Padre, porque Él realizó primero en Ella el sueño que tenía para todos nosotros, haciéndola santa e inmaculada en el amor. Al contemplar este misterio, San Maximiliano escribió que: “*La Inmaculada es ... el límite último entre Dios y la creación. Ella es una imagen fiel de la perfección de Dios, de Su Santidad*” (EK 1232). La vida de María está bajo el signo del amor generoso del Padre desde el comienzo de su existencia. María siente toda la intensidad de ese amor cuando con agradecido asombro y cantando a su Dios, exclama: “*ha puesto los ojos en la pequeñez de Su esclava*” (Lc 1, 48). Este océano de amor que la inunda desde el primer instante de su concepción, se convierte en un río de amor que crece en el seguimiento de

su propio Hijo, y que alcanzará su culminación bajo la Cruz. Allí, al pie de la Cruz y conformada a su Hijo en el amor (Fil 2, 5), recibió a cada persona por quien Él se ofrecía y a quien Él le pedía que abrazara como hijo suyo.

De esta actitud de amor y de aceptación de la maternidad de María, surge otra actitud fundamental para vivir nuestra consagración a la Inmaculada: el amor. Es el amor que nos conforma, como a Ella, al Hijo.

Con nuestra mirada fija en Cristo

María es especialmente la **Madre de Dios**. Y luego, en esta entrega / consagración a Ella, la relación con Cristo es esencial. Ya lo vimos en la reflexión anterior, pero ahora volvemos al tema, porque es muy importante.

El objetivo de la consagración a María es el crecimiento en nuestra Fe en Cristo el Señor.

María es completamente relativa a Cristo. Las palabras que dijo María a los sirvientes en la Boda de Caná son las que nos repite a cada uno de nosotros: “*Hagan lo que Él les diga*” (Jn 2, 1-12).

María fue la primera en hacer lo que decía Jesús. En su vida encontramos el consumado modelo de discípulo del Señor: “*Mi madre y mis hermanos son aquellos que oyen la Palabra de Dios y la cumplen*” (Lc 8, 21). Jesús señala la vida de María como una vida totalmente conformada a Su Palabra. María, por esta unión íntima con la vida entera del Hijo, en obediencia a la voluntad del Padre, nos invita a dirigir nuestra mirada hacia Él. Ella nos recuerda que Él es “el Camino, la Verdad y la Vida” (Jn 14, 6). “Hagan lo que Él les diga” es su propio compartir de una experiencia de vida, realizada en el servicio del amor a Cristo; de una vida que encuentra su sentido en la conformidad con Él y que experimenta existencialmente la unión del sarmiento a la vid (Jn 15, 1ff.).

María expresa su maternidad hacia nosotros mostrándonos al Hijo, deseando nuestra conformidad con Él. San Maximiliano nos recuerda que María tiene como objetivo hacernos alcanzar la estatura de Cristo. Ella quiere que resplandezcamos con Su belleza.

La consagración a María, por tanto, no es simplemente una devoción o una idea, sino un camino de conformidad con Cristo. Significa caminar con María hacia Cristo, centrando cada vez más nuestra vida en Él. De ahí surge un compromiso de vida: la comunión con Cristo y la conformidad con Él hasta la entrega total de nosotros mismos, como lo hizo San Maximiliano. En él se hicieron realidad las palabras más desafiantes del

Evangelio: el amor a los enemigos y, sobre todo, el amor más grande: “*dar la vida por sus amigos*” (Jn 15, 13), que es exactamente lo que Jesús hizo por nosotros en la Cruz.

La consagración a María como la enseñó San Maximiliano Kolbe es una experiencia centrada en Cristo.

No se centra en María, sino en Cristo, como destaca San Pablo VI en la homilía de beatificación de San Maximiliano Kolbe, el 17 de octubre de 1971:

“Maximiliano Kolbe fue apóstol de la veneración de la Santísima Virgen, considerada en su primer y original esplendor privilegiado, según Ella misma se definió en Lourdes: la Inmaculada Concepción. Es imposible separar el nombre, la actividad y la misión del beato Kolbe, del de María Inmaculada. Fue él quien instituyó la Milicia de la Inmaculada aquí en Roma, incluso antes de ser ordenado sacerdote, el 16 de octubre de 1917. Hoy podemos conmemorar su aniversario.

“Es bien conocido cómo el franciscano humilde y manso, dotado de una audacia formidable y un genio organizativo extraordinario, desarrolló la iniciativa y difundió la devoción a la Madre de Cristo, contemplada como vestida de Sol (cf. Ap 12,1). Esta devoción fue el eje de su espiritualidad, de su apostolado y de su teología.

“Que ninguna vacilación frene nuestra admiración y compromiso con todo lo que nuestro nuevo beato nos ha dejado como herencia y ejemplo, como si también nosotros desconfiáramos de tal exaltación de María ante otros dos movimientos teológicos, el cristológico y el eclesiológico, que hoy en día parecen competir con los mariológicos. Al contrario, no hay competencia, porque en la Mariología del padre Kolbe, Cristo ocupa no sólo el primer lugar, sino el único lugar necesario y suficiente en la economía de la salvación. Su amor por la Iglesia y su misión salvífica nunca fue olvidado ni en su mirada doctrinal ni en su objetivo apostólico. Por el contrario, es precisamente del papel complementario y subordinado de Nuestra Señora con respecto al plan salvífico universal de Cristo que Ella deriva todas sus prerrogativas y grandeza.

“¡Qué bien lo sabemos! Y Kolbe, en consonancia con toda la doctrina, toda la liturgia y toda la teología de la vida interior de la Iglesia Católica, ve a María incluida en el plan de salvación de Dios como el ‘término fijo del consejo eterno’ (cf. Dante Alighieri, La divina comedia, canto XXXIII), como la llena de gracia, como el Trono de la Sabiduría, como la mujer destinada desde toda la eternidad para ser la Madre de Cristo, como Re-

ina del Reino Mesianico, y al mismo tiempo como la Esclava del Señor, elegida para participar en el Acto Redentor como Madre del Hombre-Dios, nuestro Salvador: 'María es aquella por cuya intercesión los hombres llegan a Jesús y aquella a través de la cual Jesús llega a los hombres' (L. Bouver; *Le trône de la Sagesse [El trono de la sabiduría]*, p. 69).

“Por tanto, nuestro beato no debe ser reprendido, ni la Iglesia con él, por su entusiasmo por la veneración religiosa formal de la Madre de Dios. Esta veneración con sus ritos y prácticas nunca alcanzará plenamente el nivel que merece, ni los beneficios que puede aportar, debido precisamente al misterio que la une a Cristo, lo cual encuentra documentación fascinante en el Nuevo Testamento. El resultado nunca será una ‘Mariolatría’, así como el sol nunca será oscurecido por la luna; ni tampoco se desvirtuará jamás la misión de salvación encomendada específicamente al ministerio de la Iglesia, si ésta honra en María, a una excepcional Hija y Madre Espiritual. El aspecto característico, es decir, el aspecto en sí mismo original de la devoción del beato Kolbe, de su ‘hiperdulía’ a María, es la importancia que le atribuye en relación con las necesidades actuales de la Iglesia, la eficacia de su profecía sobre la gloria del Señor y la reivindicación de los humildes, el poder de su intercesión, el esplendor de su ejemplaridad, y la presencia de su caridad materna. El Concilio nos confirmó en estas certezas, y ahora desde el cielo el padre Kolbe nos está enseñando y ayudándonos a meditarlas y vivirlas. Este perfil mariano de nuestro nuevo beato lo sitúa entre los grandes Santos y videntes que han comprendido, venerado y cantado el misterio de María”.



3. CONSAGRACIÓN A LA INMACULADA: CON MARÍA EN LA IGLESIA

Sigamos con nuestro itinerario de preparación - o de profundización - para nuestra consagración a la Inmaculada en la M.I, volviendo a lo que llamamos la dimensión eclesial de la consagración a la Inmaculada.

Con María en el Cenáculo

Al pie de la Cruz, la escena descrita por Juan 19, 25-27 nos presenta a María al serenos confiada como Madre por el Redentor moribundo. En Caná la Madre dice: “*Hagan lo que Él les diga*” (Jn 2, 5).

Centraremos nuestra atención en la Iglesia naciente reunida con María, esperando al Espíritu Santo, después de la Resurrección (Hch 1, 14).

María aparece íntimamente unida a la Iglesia que vive en la historia, en ese entonces como en todos los tiempos: en la oración, en la comunión y en la misión. No se puede separar a María de la Iglesia.

El misterio de la una se fusiona con él de la otra. Los Padres de la Iglesia ya habían destacado en sus reflexiones el vínculo íntimo que une a María con la Iglesia. San Ambrosio, en particular, afirmó que todo lo que se dice en las Escrituras sobre María se puede también decir sobre la Iglesia, y todo lo que se dice sobre la Iglesia se puede también decir sobre María. María es el modelo, la imagen, la anticipación de la Iglesia.

El Concilio Vaticano II hizo especial hincapié en la relación entre María y la Iglesia, particularmente en relación con su maternidad virginal.¹

Como María es la Madre que engendra virginalmente al Hijo de Dios, por el poder del Espíritu Santo, así también la Iglesia es la Madre que engendra a los hijos de Dios por el Espíritu a través de la predicación y el Bautismo. Y María no es tan sólo el modelo de la Iglesia, sino que, de hecho, Ella colabora en el renacimiento de los fieles en la Iglesia y sigue desempeñando un papel maternal dentro de la Iglesia.

María, en la Anunciación, aceptó la palabra de Dios y escuchó que: “*El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con Su sombra...*” (Lc 1, 35).

La Iglesia comparte la misma experiencia en Pentecostés. María y los discípulos reciben el don del Espíritu Santo y es desde ese momento que

1 Cf. Lumen Gentium, capítulo VIII, “La Santísima Virgen María, Madre de Dios en el misterio de Cristo y de la Iglesia”.

comienza la maternidad de la Iglesia. El Evangelio será anunciada a todas las naciones. La maternidad de María continúa en la maternidad de la Iglesia hasta el fin de los tiempos mediante la predicación y el Bautismo.

El misterio que une a María con la Iglesia hace de nuestra consagración a María, en el fondo, una consagración a Jesús en la Iglesia. Pertener a María significa pertenecer a la Iglesia. No podemos ignorar esta dimensión eclesial de la consagración a María.

Si María estuvo en el Cenáculo de Jerusalén con la Iglesia naciente, aún hoy encontramos a María en la Iglesia que proclama el Evangelio y celebra la liturgia.

Como deducimos, entonces, consagrarse a María no es simplemente un acto de devoción.

Consagrarse a María significa comprometerse a ser miembro activo dentro de la Iglesia, recreando el ambiente del Cenáculo: oración, comunión y misión, en continua docilidad al Espíritu Santo.

Significa comprometerse a vivir “con” la Iglesia: “*Sentire cum ecclesia*”, como lo expresaron los Padres de la Iglesia, abrazando los grandes ideales de la Iglesia.

Cada uno de nosotros debe fomentar el deseo y el compromiso en pro de la unidad de la Iglesia, ante todo, por la que Jesús oró antes de Su Pasión (cf. Jn 17). Quedarse con María en el Cenáculo significa desear que todos los hijos de Dios estén reunidos alrededor de la Eucaristía. Hoy por hoy, aquellas personas que creen en Cristo aún no están del todo unidos. Debemos de sentir la responsabilidad de rezar por la unidad de los cristianos y participar en la obra de evangelización que es la extensión de la misión materna de María. Como discípulos misioneros, somos conscientes de que la Palabra del Señor aún dista mucho de verse cumplida: “*Vayan por todo el mundo y proclamen la Buena Nueva a toda la creación*” (Mc 16, 15); “*ustedes recibirán una fuerza cuando el Espíritu Santo venga sobre ustedes; y de este modo serán Mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaria, y hasta los confines de la tierra*” (Hch 1, 8).

El Movimiento M.I.

En la espiritualidad Kolbeana, esta dimensión eclesial no es simplemente un corolario importante: es un punto fundamental.

En la visión de San Maximiliano, la auténtica consagración a María no existe si no se hace referencia a la Iglesia, especialmente en cuanto se refiere

a la misión de la Iglesia. Podríamos decir que lo verdaderamente original de San Maximiliano, frente a otras formas de consagración a María en la Iglesia, es precisamente su dimensión misionera y universal.

Fundó el Movimiento de la Milicia de la Inmaculada en 1917, siendo todavía un joven hombre, con pocos recursos, pero con un gran ideal en el corazón. Con el paso del tiempo, ese ideal se haría cada vez más claro:

“Ganar el mundo entero para Cristo a través de la Inmaculada” (cf. EK 382); *“abrazar todo el globo terrestre...para que Ella extienda su dominio a los corazones de todos aquellos que viven en cualquier rincón de la tierra”* (EK 1210).

En la constitución original de la M.I., San Maximiliano delineó las características del Movimiento M.I. indicando el objetivo de su Movimiento con estas palabras:

“Provocar la conversión de los pecadores, de los herejes, de los cismáticos, etc., especialmente de los masones, y la santificación de todos, bajo el patrocinio y por la mediación de la Inmaculada” (EK 1368).

Para lograr este propósito, San Maximiliano consideró que la consagración como entrega total a la Inmaculada era la condición esencial (loc. cit.).

San Maximiliano fundó la M.I. con un objetivo claro: que todos se conviertan y se conviertan en santos.

Quien está consagrado a la Inmaculada en el Movimiento de la M.I. abraza la misión de la Iglesia de anunciar el Evangelio a todas las personas, hasta los confines de la tierra, colaborando en el cuidado maternal de María de los hermanos de su Hijo, lo cual sigue hasta que sean conducidos a la felicidad de su verdadero hogar (cf. LG 62). En este contexto también encontramos a San Maximiliano. El don carismático que recibió es la intuición espiritual sobre el papel maternal de María en la Iglesia y en la vida de cada persona, y la intuición sobre el hecho de que esta Madre nos impulsa a colaborar en su misión maternal (cf. EK 1220).

El don de Jesús desde la Cruz es la fuente del carisma del movimiento M.I.: el don de Su Madre a Juan, que tuvo lugar en el punto culminante del Misterio de la Redención. Esta maternidad que recibimos nos llama a hacer que Cristo nazca, a través de la Madre, en el corazón de todos los hombres.

Volvamos a referirnos a un texto que define bellamente la identidad y misión de la M.I.:

“He aquí la M.I., hacer que entre en todos los corazones, que nazca en todos los corazones; que Ella pueda, entrando en estos corazones y, habiendo tomado posesión lo más perfectamente posible de ellos, dar a luz allí, al dulce Jesús, Dios, y hacerlo crecer hasta la edad perfecta. ¡Qué hermosa misión! ... ¿Verdad? ... La divinización del hombre hasta el Hombre-Dios, a través de la Madre del Hombre-Dios” (EK 508).

Esta colaboración con la misión materna de María se puede implementar de varias maneras. San Maximiliano indicó tres grados de membresía y participación en la M.I.: al 1er grado, el M.I. 1 (M.I. de primer grado), pertenecen aquellos que viven su consagración individualmente. Al segundo grado, el M.I. 2 (M.I. de segundo grado), pertenecen quienes viven la espiritualidad de la M.I. de manera comunitaria, para poder implementar sus objetivos juntos y también de forma individual, y así cumplir la misión mariana que Dios le ha confiado al Movimiento.

Finalmente, al 3er grado, el M.I. 3 (M.I. de tercer grado), pertenecen aquellos que viven una dedicación total al ideal y apostolado de la M.I., como sucede por ejemplo en las Ciudades de la Inmaculada, en los Institutos de inspiración Kolbeana, y también entre los miembros individuales de la M.I. que se esfuerzan por dedicarse totalmente a los ideales y a la misión de la M.I.

Estas diferentes formas de participación en el Movimiento han sido confirmadas en los Estatutos Generales de la M.I., cuando la M.I. fue reconocida por la Santa Sede como una asociación pública de fieles, universal e internacional, es decir, una asociación con la que la Iglesia se identifica y que actúa en nombre y por mandato de la Iglesia universal.

Por tanto, la M.I. es verdaderamente una gran familia eclesial en la que todos pueden encontrar su lugar. Acoger la llamada a la consagración mariana en el espíritu de San Maximiliano significa aceptar la invitación a vivir una experiencia de Iglesia, en una realidad eclesial que se extiende por el mundo, con más de cuatro millones de miembros.

Pregunta para la reflexión y el diálogo:

- ¿Quieres también acoger a María en tu vida y participar de su misión maternal en la Iglesia y en el movimiento de la Milicia de la Inmaculada?

Compromiso para mi vida:

Rezar el Santo Rosario todos los días.

4. LA CONSAGRACIÓN A LA INMACULADA: UN CAMINO HACIA LA SANTIDAD, SIGUIENDO LOS PASOS DE MARÍA, LA VIRGEN OYENTE EN ORACIÓN

El gran sueño de San Maximiliano fue: “*Conquistar al mundo entero para Cristo por medio de la Inmaculada*”.

Este ideal comienza desde el ser “propiedad total y sin límites” de la Inmaculada, ampliándose hacia la búsqueda apasionada del corazón del hombre, de todos los hombres, de todos los billones de corazones que laten sobre esta tierra más allá de Polonia y Japón (cf. EK 647). Vemos cómo este ideal lo hizo misionero, fue la causa de que implementara proyectos apostólicos vanguardistas por la época al valerse de los medios masivos de comunicación, y que lo hiciera el padre espiritual de un movimiento de espiritualidad y de misión en la Iglesia, la Milicia de la Inmaculada, y que lo llevara a dar la vida por un hermano.

¿Qué significa vivir siguiendo los pasos de María?

Significa vivir una vida de Evangelio, como lo hizo Kolbe, una vida para Dios y para los demás, en obediencia a Dios y en servicio a los demás.

Podemos encontrar las huellas concretas de este “caminar con María” en las actitudes de la Virgen que sugirió el Papa Pablo VI en su documento, *Marialis cultus* (MC, a partir del párrafo n. 16):

- Virgen oyente
- Virgen orante
- Virgen-Madre
- Virgen oferente

Fr. Maximiliano no podía conocer este documento, por supuesto, pero por su experiencia, vemos una armonía perfecta entre su forma de vivir la consagración total a la Inmaculada y aquellas actitudes de la Virgen señaladas en *Marialis cultus*. Parecen ser la expresión concreta de su deseo de “ser Ella misma” (cf. EK 556, 991 Q).

María es la Virgen oyente, quien recibió al Verbo en el corazón, lo guardó y dejó al Verbo transformarla en imagen de su Hijo.

María aceptó la palabra del ángel. Permite que la obediencia a la voluntad del Padre - la cual le fue revelada diariamente por medio de su relación con Jesús - fuera el alimento de su vida, tal como Jesús dice de Sí mismo: “*Mi alimento es hacer la voluntad del que me ha enviado*” (Jn 4, 34).

María caminó las etapas de su peregrinación en la Fe a la luz de la Palabra de Dios, la cual poco a poco se le fue desvelando. No es ninguna coincidencia que San Lucas escribe dos veces que “*María guardaba todas estas cosas y las meditaba en su corazón*” (Lc 2, 19.51). Mientras que el ángel le había anunciado a María que Ella sería la Madre del Hijo de Dios, Simeón le reveló cómo se daría esta maternidad: no sería de modo triunfal o glorioso, según la mentalidad del mundo. Más bien, ese niño sería “*signo de contradicción*” y Ella también experimentaría “una espada que le atravesase” el alma (cf. Lc 2, 34-35). Por el camino, María encontró las conexiones, unió las piezas, recibió la Palabra que se manifestó aun cuando Ella no lo comprendía, como en el incidente del Niño Jesús perdido y hallado en el Templo de Jerusalén (Lc 2, 50).

María aceptó que Dios se manifestaría de manera distinta a sus expectativas. Aceptó caminar por Sus caminos inescrutables, con confianza y abandono. Y por este camino se encontró al pie de la Cruz, totalmente dedicada al Evangelio proclamado por su Hijo. Solamente pudo encontrarse allí porque creyó en la Palabra, y aun cuando todos lo abandonaron, conservó cuidadosamente en su corazón aquellas palabras: “*al tercer día resucitará*” (Lc 18, 33 y pasajes paralelos).

La Palabra de Dios fue realmente antorcha que iluminó sus pasos (cf. Sal 119). Y Ella obedeció a Dios con gozo, se abandonó a Su Voluntad, reconociéndola como una Voluntad de amor. Ella sabía que estaba en las manos de Aquél que “*ha puesto los ojos en la pequeñez de su esclava*” (Lc 1, 48), que cuida de Sus hijos y de la humanidad, que auxilia a los pobres, derriba a los potentados, y cuya misericordia se extiende de generación en generación.

Desde temprana edad, San Maximiliano eligió como fundamento para su vida y espiritualidad la escucha orante de la Palabra del Señor (cf. EK 964; 965; 987), para discernir el camino de su vida en las manifestaciones de la Voluntad de Dios. El Fr. Maximiliano no tenía ninguna duda de que lo que importante en verdad no es obrar milagros, sino cumplir la Voluntad de Dios (EK 56). Sin embargo, dejarnos conducir es posible sólo si tenemos confianza, si confiamos que estamos en buenas manos. La Voluntad de Dios que María hizo suya es una voluntad buena; es una voluntad de amor. El Fr. Maximiliano estaba seguro de esto. En verdad, él era como un niño destetado en brazos de su mamá, y es por eso que lo encontramos dispuesto para descender al búnker de exterminio por hambre en el lugar de otro prisionero.

Al vivir con María también nos reta hacer de la Palabra de Dios nuestro alimento diario. “*Hagan lo que Él les diga*” (Jn 2, 5), dice María. Y el salmista declara: “Tu palabra es antorcha para mis pasos, luz para mi sen-

dero” (Sal 119, 105); “*Enséñame, Yahvé, el camino de tus preceptos*” (Sal 119, 32.33.35); sino seré como “*oveja descarriada sin pastor*” (Sal 119, 67.176)

En nuestra consagración a María, ocupa el primer lugar la Palabra recibida, meditada y guardada en el corazón. Debemos de aprender de María a comparar la Palabra divina y nuestro diario vivir y reconocer el plan del Padre, la cercanía de Jesús, el Espíritu que habita en nosotros y caminar según Sus preceptos.

Incluso para nosotros, como para San Maximiliano, la obediencia a la voluntad del Padre es lo que cuenta de verdad.

Su Voluntad se manifiesta en Su Palabra, en la enseñanza magisterial de la Iglesia y en los eventos de la vida que se vuelven significativos a la luz de la Palabra.

María es la Virgen orante porque vivió íntimamente con Dios, Lo proclamó como su Señor al cantar el Magnificat, Lo invocó por las necesidades de los esposos en la Boda de Caná y finalmente oró con la Iglesia en el Cenáculo en Jerusalén.

La oración de María es alabanza, acción de gracias, intercesión, pero, ante todo, es comunión diaria con su Hijo, la capacidad de permanecer en contacto con el misterio del Hijo y contemplarlo, dejándolo transformar su vida.

La oración no consiste en simples fórmulas, sino que es una creciente intimidad con Dios, cuidando esa “habitación interior” donde habita Dios. La oración es entrar dentro de nosotros mismos nuevamente y encontrar a Dios quien nos ama con ternura más allá de todo pecado. Pero, si no entramos en esa habitación, ¿cómo podemos oír la Voz que nos llama? La vida tiene sentido si nos permitimos escucharle a Dios que nos dice, “Te amo”, “Ven”, “Eres precioso para Mí”, “Sígueme”.

San Maximiliano hizo de la oración la piedra angular de todas sus actividades. Por eso declaró:

“[L]a oración es un medio desconocido, y, sin embargo, el más eficaz para restablecer la paz en las almas, para proporcionarles la felicidad, ya que sirve para acercarlas al amor de Dios. La oración hace renacer el mundo. La oración es la condición indispensable para la regeneración y la vida de cada alma...” (EK 903).

Sus biógrafos recuerdan un episodio:

“Niepokalanów está en su máximo esplendor. Maximiliano está preguntando a los jóvenes frailes cuál, según ellos, será el siguiente paso. Tras varias respuestas que enfocaban la necesidad de incrementar la productividad, por fin susurra un joven fraile: ‘Primero debemos de crecer interiormente, y luego la productividad será una consecuencia.’ Maximiliano estaba tan feliz con esta respuesta y agregó, ‘La expansión de nuestra obra no será manifestación de progreso. Ni tampoco lo serán grandes edificios nuevos... Entonces, ¿qué será necesario para progresar? ¿Cuál es el verdadero progreso de Niepokalanów? Y, sobre todo, ¿qué es nuestro Niepokalanów? ¿Es esta actividad visual? ¿Es la productividad industrial? ¿O el tiraje de la revista? No, ¡hay algo mejor! ¡Nuestra Niepokalanów es el mundo interior de nuestras almas! Como resultado, aunque fuera necesario suspender nuestra obra, aunque tuviéramos que dispersarnos como hojas barridas por el viento de otoño, si, en nuestros corazones permanece y sigue floreciendo el ideal de Niepokalanów, entonces y sólo entonces podremos decir que estamos en pleno progreso” (cf. Luigi Faccenda, OFM Conv., Ho visto Padre Kolbe [He visto al Padre Kolbe], Edizioni Milizia Mariana, 1970, pp. 27-28).

San Maximiliano le daba primacía al cuidado de la vida interior sobrenatural, la relación con Dios que es la base de todo, como lo dijo Jesús: *“Yo soy la vid; ustedes los sarmientos. Él que permanece en mí y yo en él, ése da mucho fruto; porque separados de mí no pueden hacer nada”* (cf. Jn 15, 5).

Escuchar la Palabra de Dios y la oración son estrechamente vinculados. La oración es la “caja de resonancia” de la Palabra, la “habitación” en la que podemos conversar con el Padre que “ve en lo secreto”. Es el lugar íntimo del encuentro con Aquél quien solo da sentido a nuestra existencia, nuestro ser y nuestras acciones. A menudo tenemos que regresar a esa habitación, escucharlo que nos recuerda que Él nos ama y decirle que le devolvemos ese amor y que queremos estar siempre con Él y permanecer en Su amor (cf. Jn 15, 9).

Preguntas para la reflexión y el diálogo:

- ¿Cuánto espacio le doy al Señor en mi vida?
- ¿Qué significa orar?

Compromiso para mi vida:

Escuchar la Palabra de Dios y convertirla en una experiencia de vida.

5. LA CONSAGRACIÓN A LA INMACULADA: UN CAMINO HACIA LA SANTIDAD, SIGUIENDO LOS PASOS DE MARÍA, LA VIRGEN OFERENTE Y LA VIRGEN MADRE

María es la Virgen-Madre. Éste es el rasgo de la Virgen que destaca a primera vista. Ella es, ante todo, la Madre de Dios. En la Anunciación, María asintió con fe y puso su cuerpo a la disposición de la Encarnación del Hijo de Dios.

Recordamos, al respecto, un pasaje bien conocido del Evangelio según San Lucas (11, 27-28), en el que hay una mujer del pueblo que, en admiración ante la naturaleza extraordinaria del mensaje que Jesús anunciaba, alzó la voz de entre la gente, y exclamó, “*¡Dichoso el seno que te llevó y los pechos que te criaron!*” No obstante, Jesús le contestó, “*Dichosos más bien los que oyen la palabra de Dios y la guardan.*” María es la Madre de Jesús, como escribió San Agustín, no solamente por llevar el Señor en su vientre, sino especialmente por haberlo recibido en la fe. Ella vivió un amor muy tierno para el Hijo y sus hermanos (cf. EK 991).

María se encaminó de prisa para ir con su prima, Isabel, para prestar un exquisito servicio evangélico (cf. Lc 1, 39-46). Fue una madre atenta en Caná: sus cuidados aumentaron la celebración e hicieron crecer la Fe en Jesús que tenían los discípulos (cf. Jn 2, 1-12). Esta maternidad alcanzó dimensiones universales bajo la Cruz donde se hizo Madre de todos los hombres de la tierra.

Hay dos dimensiones de la maternidad de María para con Cristo: la dimensión física a la que no podemos hacer caso omiso, porque nos da la verdad acerca de la Encarnación, y la dimensión espiritual que indica una relación con Jesús que va más allá de la unión física. También nosotros podemos vivir esta segunda dimensión. Como dice Jesús, ¡también nosotros somos hermanos, hermanas y madres del Señor si escuchamos Su Palabra y la ponemos en práctica!

Esta maternidad de María que llamamos “espiritual” para con Jesús ha sido aumentada para extenderse al tamaño del mundo entero, envolviéndonos a cada uno de nosotros, como queda claro en el Evangelio de San Juan, donde Jesús le ofreció Su Madre al discípulo. Allí, María se convirtió en la que genera hijos en la Fe, no en el sentido físico, por supuesto, sino en el sentido de cuidar a los hermanos de su Hijo en la Fe, para mostrar a todas las personas al Hijo como único punto de referencia. “*Hagan lo que Él les diga*” (Jn 2, 5). María ejerce su maternidad hacia nosotros, asegurándose que Cristo nazca, crezca y se fortalezca dentro de nosotros, como declaró San Maximiliano:

“En el vientre de María el alma debe renacer según la forma de Jesucristo. Ella debe alimentar el alma con la leche de su gracia, formarla delicadamente y educarla, así como alimentó, formó y educó a Jesús. En su regazo el alma debe aprender a conocer y amar a Jesús. Del corazón de María debe tomar el amor a Él, más aún, amarlo con su corazón hasta llegar a ser semejante a Él a través del amor” (EK 1295).

En otro texto, Maximiliano escribió:

“Sólo en el juicio divino y en el paraíso conoceremos el interés que nuestra tierna Madre ha tenido por cada uno de nosotros, desde nuestro nacimiento; el interés que ha tenido por cada alma, hija suya, para plasmarla según el modelo de Jesús, su Hijo Primogénito, prototipo de Santidad, Hombre-Dios” (EK 1313).

La “forma”, el “molde” en la que todo cristiano debe de configurarse es Jesucristo. La conformidad con Cristo, el tener los mismos sentimientos que Él, esto es lo que es precioso para María, como Madre de Jesús.

Esto también es cierto de la maternidad de la Iglesia: anunciar a Jesucristo y hacerle crecer en el corazón de cada persona para que su vida sea feliz, encuentre su rumbo, su profundidad, su esperanza y su verdad. En verdad, es como dijo el Papa Benedicto XVI en la homilía de la Santa Misa del solemne inicio de su pontificado, “[Cristo] no quita nada, y lo da todo” (24 abril, 2005). Como ya lo había proclamado el Concilio Vaticano Segundo: *“En realidad, el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado. [...] Sólo Cristo...] manifiesta plenamente el hombre al propio hombre...”* (GS 22). ¡Ésta es la maternidad de la Milicia de la Inmaculada, según el deseo de San Maximiliano, que proclama a Jesucristo!

“He aquí la Milicia de la Inmaculada, hacer que entre en todos los corazones, que nazca en todos los corazones; que Ella pueda, entrando en estos corazones y, habiendo tomado posesión lo más perfectamente posible de ellos, dar a luz allí al dulce Jesús, Dios, y hacerlo crecer hasta la edad perfecta. ¡Qué hermosa misión! ... ¿Verdad? La divinización del hombre hasta el Hombre-Dios, a través de la Madre del Hombre-Dios” (EK 508).

Anunciar a Jesucristo es una hermosa misión, porque cada persona encuentra en Él la felicidad y significado pleno de su vida. Podemos compartir la maternidad espiritual de María, no solamente al escuchar la Palabra de Dios, sino también al convertirnos en co-trabajadores en su misión maternal. De hecho, Maximiliano escribe que María no quiere llevar a cabo su misión sola, sino que desea que nosotros nos involucremos también. La maternidad significa cuidado, amor y atención para con los demás. Maximiliano es un testigo efectivo de la misma. La proclamación del Evangelio

es el mayor acto de amor; es la primera caridad. El mensaje del Evangelio transforma a los de corazón orgulloso y da a los humildes la conciencia de su dignidad, como dijo desde antes la Virgen de Nazaret en su Magníficat. La proclamación del Evangelio es también la primera forma de caridad para cada miembro de la Milicia de la Inmaculada.

Maximiliano Kolbe, enfrentando la realidad de su tiempo (y, en particular el ateísmo) dijo:

“Estas pobrecitas personas, pues, tienen necesidad de luz, de mucha luz sobrenatural, de muchas energías sobrenaturales; son unos infelices, unos descontentos, ya que consideran como fin último lo que es sólo un medio y por ello, después de haber alcanzado la felicidad a que aspiran, no encuentran lo que buscaban. Y siguen buscando con la decepción de su corazón, con la amargura en el alma. ¿Y cómo no darles la mano? ¿Cómo no ayudarlos a apaciguar su corazón, a alzar su mente por encima de lo pasajero, hacia el único fin último, Dios? El amor al prójimo empuja a aquellas almas que ya encontraron su propio ideal de vida a no olvidar a los hermanos que los rodean. Una de las muchas asociaciones que ponen en práctica este amor al prójimo es también la Milicia de la Inmaculada” (EK 1237).

Maximiliano es también testigo de ese amor que está listo para el martirio. Maximiliano es el *“hombre para el hombre”*, que vivió con la convicción que *“el amor une, da paz y edifica”* (cf. EK 1205). Esta es la lección que él aprendió en su experiencia diaria profunda e íntima de comunión con Cristo por medio de su consagración a la Inmaculada.

Estar en la escuela de María condujo a Maximiliano, y puede conducir a cada uno de nosotros, a ser *“para los otros”* en la vida cotidiana, en la familia, en el trabajo, en nuestras relaciones sociales. La forma mariana de vivir tiene al amor en su centro, su corazón, su dimensión fundamental.

María es la Virgen oferente. María, de acuerdo a *Marialis cultus*, es el ejemplo de aquella adoración que consiste en **hacer de nuestra propia vida una ofrenda** agradable a Dios.

Para Ella, el *“regocijo”* de la Anunciación pronto se convirtió en una *“espada que le atraviesa el alma”* puesto que aquel Niño sería signo de contradicción (Lc 2, 35). Hace alusión a la Pasión del Hijo que sería también su pasión. María compartió de momento en momento la experiencia de su Hijo, y transformó su *fiat* en un diario *stabat*, adhiriéndose fielmente a la misión que el Padre le confió.

San Maximiliano llamó esta etapa de la vida “sufrir por amor”.

Jesús no se bajó de la Cruz, María no se alejó de la Cruz. ¡Así nos amó Jesús!

Jesús confió Su causa al Padre y, como dice la Carta a los hebreos, el Padre escuchó al Hijo que Le hablaba con “*ruegos y súplicas, con poderoso clamor y lágrimas*” (cf. Hebreos 5, 7). Sí, “*Jesús fue escuchado por su actitud reverente*”, como hace constar el libro de hebreos nuevamente. La Resurrección es la respuesta a la entrega llena de confianza del Hijo en las manos de Dios.

María estaba allí porque Ella encomendó su vida con plena confianza al Padre. María sabía que Dios no falla en Sus promesas. Lo había cantado en el Magnificat. Sufrir es el resultado y la consecuencia del amor. San Francisco lloró porque el “Amor no es amado”.

Esto es también cierto para nosotros. San Maximiliano escribió que en la vida humana hay tres etapas: preparación para el trabajo, el trabajo, y sufrir por amor. En esto su vida se manifiesta como en un mural. Su ofrecimiento de vida a través de las manos de María a Cristo fue la razón por la cual San Maximiliano vivió y murió por amor. En Auschwitz, su serenidad era contagiosa porque tenía una certeza en su corazón.

He aquí la última nota que le escribió a su mamá antes de morir:

“Mi amada mamá: A fines de mayo llegué en un convoy ferroviario al campo de concentración de Auschwitz. Aquí todo bien. Amada mamá, estate tranquila por mí y por mi salud, porque el buen Dios está en todas partes y con gran amor piensa en todos y en todo” (EK 961).

Esta es la certeza de San Maximiliano: “*Dios está en todas partes y con gran amor piensa en todos y en todo*”. Esta es la respuesta al sufrimiento. Por ello, el sufrimiento ya no es piedra de tropiezo, porque Dios está allí y “[i]...nos consuela en toda tribulación nuestra para poder nosotros consolar a los que están en toda tribulación, mediante el consuelo con que nosotros somos consolados por Dios!” (2 Cor 1, 3-4).

Podemos vivir nuestra misión cuando somos activos y disfrutamos de momentos de serenidad, pero también en momentos de dificultad, si vivimos en unión con Cristo el Redentor por medio de nuestro ofrecimiento total a la Inmaculada. Esto se convierte en un medio de salvación para nosotros y para todos.

La vida humana siempre involucra el sufrimiento, lo cual, vivido con María al pie de la Cruz, puede convertirse en un “sufrimiento Pascual”.

La Fe, además de la consagración a la Inmaculada, no nos protege de los peligros de la vida, pero sí nos da la oportunidad de ofrecerle todo a Dios por María, verdaderamente todo: el gozo, el dolor, eventos felices y momentos de sufrimiento, llevándonos a acoger la consolación de Dios para volvernos, a su vez, los que consolamos a los demás. ¿De qué otra manera podríamos llamar la experiencia de San Maximiliano en el búnker de la inanición si no fuera una experiencia de consolación que le permitió consolar y conducir a sus compañeros hacia Dios?

Las cuatro actitudes fundamentales de María:

- Virgen oyente,
- Virgen orante,
- Virgen-Madre,
- Virgen oferente,

nos enseñan cómo vivir nuestra consagración a Ella.

A veces nos preguntamos cómo vivir nuestra consagración a la Inmaculada. Aquí tenemos la respuesta. Consiste en dar nueva vida en nosotros aquellas mismas actitudes para que el mensaje del Evangelio pueda reflejarse a través de nuestra vida.

Preguntas para la reflexión y el diálogo:

- ¿Tiene algo que decirte San Maximiliano a través de su ideal: la consagración total a la Inmaculada y la pasión por la misión de conquistar para Cristo por la Inmaculada?
- ¿Abrazarías su ideal en tu vida?

Compromiso para mi vida:

Estar cerca de las personas que sufren, dándoles el don de nuestra presencia, amor y consolación.



6. CON MARÍA EN UNA MISIÓN: EL CAMINO MISIONERO DE SAN MAXIMILIANO

¡El amor está en todas partes!

“Escrutando con estática admiración el plan divino de la salvación, que tiene su fuente en el Padre el cual quiere comunicar libremente a las criaturas la vida divina de Jesucristo y que se manifiesta en María Inmaculada de forma maravillosa, el Padre Kolbe fascinado y arrebatado exclama: ‘Por todas partes está el amor’ [EK 1291] el amor gratuito de Dios es la respuesta a todas las interrogaciones; ‘Dios es Amor’, afirma San Juan (1 Jn 4, 8).”

Estas palabras, pronunciadas por el Papa San Juan Pablo II durante su homilía del 8 de diciembre [Fiesta de la Inmaculada Concepción] del año 1982 en la Basílica de Santa María la Mayor, dos meses posteriores a la canonización del Padre Kolbe, contienen la clave para comprender la misión bajo la perspectiva abrazada y vivida por San Maximiliano.

La misión, de hecho, trata en esencia del amor: el amor “excesivo” de Dios Padre quien sueña con la felicidad de cada criatura y quien da Su Hijo por nosotros (Jn 3, 16). Trata del amor “excesivo” de Cristo, quien se hizo hombre por nosotros en el vientre de María, dejó que le perforaran Su Corazón en la Cruz para apagar la sed de nuestros corazones secos y duros con las Aguas Vivas de Su Espíritu, Su Cuerpo roto y Su Sangre que ha brotado para nosotros (Jn 19, 17-37). Trata del amor humilde de una joven de Nazaret, quien ofreció su vientre y su corazón a Dios en el abandono de la Fe, para que en el tiempo y en la historia Él pudiera realizar este plan de salvación y de amor (cf. Lc 1, 26-38).

Con la profundidad de los místicos y de los Santos, Maximiliano, seguidor de San Francisco, comprendió que el amor infinito del Dios Triuno hacia la humanidad fue revelado a través de Jesucristo. En el misterio de la Encarnación y de la Cruz, Dios se humilló, se hizo pobreza, debilidad, carne. El Señor Jesús se vació totalmente y se despojó de Sí Mismo entregándose a nuestras manos (cf. Flp 2, 6-7): Él es Amor dado en su totalidad. *“Por eso, al entrar en este mundo, [Cristo] dice: Sacrificio y oblación no quisiste; pero me has formado un cuerpo. Holocaustos y sacrificios por el pecado no te agradaron. Entonces dije: ¡He aquí que vengo - pues de mí está escrito en el rollo del libro – a hacer, oh Dios, Tu voluntad!”* (cf. Hb 10, 5-7).

San Maximiliano, sin embargo, no se olvidó de ese vaciamiento que tuvo lugar en el vientre de María, como nos lo recuerda San Pablo: *“Pero, al*

llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo nacido de mujer, nacido bajo la ley” (Ga 4, 4). Gracias a un don especial de gracia, podríamos decir, por un carisma “único”, Maximiliano fue permitido comprender y aceptar con gran claridad el misterio y la misión de María en el plan de Dios.

Para Maximiliano, María no es simplemente la creatura elegida por Dios para entrar al mundo como Su Madre: Ella es la Inmaculada, la Mujer nueva, la humanidad redimida de la que soñaba Dios. Ella es, aún hoy en día, la Madre de Dios que se hizo hombre, llamada a continuar la obra del Espíritu Santo en engendrar al Hijo en los corazones de los hombres.

“Y el Verbo se hizo Hombre’ (Jn 1, 14) como fruto del amor de Dios y de la Inmaculada. Así, Él se convirtió en el primogénito, el Hombre-Dios y las almas no renacen en Cristo sino por el amor de Dios a la Inmaculada y en la Inmaculada” (EK 1296).

Reconoció que, tanto en la misión del Hijo – la de revelar el Rostro del Padre y hacer que participemos de Su filiación divina, como en la del Espíritu – la de formar en imagen de Jesús a todos los hijos de Dios, Dios Padre ha confiado a María una misión muy específica: ser Madre del Hijo de Dios hecho Hombre y Madre de todos los hombres llamados a formar parte de Su Cuerpo Místico, la Iglesia.

Maximiliano escribió:

“Es tarea del Espíritu Santo formar hasta el fin del mundo a los nuevos miembros de los predestinados del Cuerpo Místico de Cristo. Pero, [...] esta obra es llevada a cabo con María, en María y a través de María” (EK 1229); *“En el vientre de María el alma debe renacer según la forma de Jesucristo”* (EK 1295).

Desde su contemplación prolongada y vital de la dinámica de este plan de amor, primero como joven estudiante en Roma y, luego, cada vez más durante sus años de vida religiosa franciscana y de su ministerio sacerdotal, Maximiliano profundizó esa pasión por la gloria de Dios, por la venida del Reino del Corazón de Jesús, por la conversión y la santificación de cada persona, todo lo cual sería la fuerza rectora de toda su existencia.

En su deseo de atraer a todos los hombres hacia el amor de Dios, Maximiliano Kolbe comprendió que la *primera prioridad fundamental* de la misión de la Iglesia es la de imitar al Señor Jesús, el Misionero del Padre *por excelencia*, de hacer como Él hacía, es decir, *vaciarnos en el vientre de la misma madre, María*.

Por lo tanto, Fr. Maximiliano, apuntando a la esencia de las cosas, se daba cuenta que la *fuerza de la misión consiste en pertenecer totalmente a María*, en esforzarse por ser como Ella, en ser *transformados* en Ella (cf. EK 508 y 1210), para permitirle a su Esposo divino - el Espíritu Santo, el principal Protagonista de la misión – que siga trayendo a Jesús al mundo por medio de nosotros.

Esta perspectiva mariana hizo eco en el Magisterio eclesial reciente, en el pensamiento del Papa San Juan Pablo II y en el Papa Benedicto XVI quien escribió como sigue: *“La Iglesia no es un aparato; no es una mera institución... Ella es una mujer. Ella es una madre. Ella está viva. La comprensión mariana de la Iglesia es la antítesis más decisiva al concepto meramente organizacional y burocrática de la Iglesia. No podemos hacer a la Iglesia; tenemos que ser la Iglesia... Solo al ser mariano somos transformados en Iglesia. En el principio, la Iglesia... nació cuando emergió el ‘fiat’ del alma de María. Este es el deseo más profundo del Concilio: que la Iglesia se despierte en nuestras almas. María nos muestra el camino.”*²

Una estrategia ganadora

A la luz de lo arriba expuesto, antes de reflexionar sobre el enfoque misionero del Fr. Kolbe, es importante destacar la sencillez ingeniosa de su estrategia misionera, la esencia de la cual es, ante todo, ser animado por una “obsesión” apasionada y emocionante: el deseo de acercarnos a María, de pertenecerle más y más, de *transformarnos en María*, la Inmaculada, la creatura en quien el Plan de Dios por fin se realiza, de *“abrir cada vez más las alas del amor”* (EK 1284) hacia Dios y nuestro prójimo, dejándola continuar, por medio de nosotros, a dar luz a Jesús en el corazón de cada persona.

Otramente dicho, Maximiliano comprendió (¡como todos los santos!) que, para colaborar con el plan universal de salvación, ¡primero es necesario exponernos! Más que métodos, medios, iniciativas ... ¡la misión necesita de gente! La misión requiere que cada uno de nosotros elija, libre y decisivamente, acoger el amor de Dios, seguir a Jesús y ofrecerle nuestra vida (cf. Rm 12, 1-2), para ser testigo de Su amor, un instrumento en Sus manos, un siervo de la Verdad. Como María, debemos de estar dispuestos para decir, *“He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra”* (Lc 1, 38).

Para este fin, San Maximiliano fundó la Milicia de la Inmaculada (M.I.): ciertamente esto no fue para establecer una organización católica más, sino para dar vida a un movimiento misionero, una asociación de personas

2 J. Ratzinger, Die Ekklesiologie des Zweiten Vatikanumus, en IKZt 15 (1986), pp. 41-52, citado en Brendan Leahy, Il principio mariano nella Chiesa, Città Nuova Editrice, p. 216.

que eligen “*consagrarse totalmente a la Virgen Inmaculada, colocándose libremente como instrumento dócil y generoso en sus manos*” (ver el Programa Original de la M.I.), para cooperar en la conversión y santificación de nosotros mismos y de todos los hombres. La M.I. es una asociación de personas que, juntas y consagradas sin reservas a María, viven y aman, sufren y se regocijan, trabajan en todo ambiente y situación en una comunión de vida con Ella, haciéndola visible en el mundo.

Es por eso que el salir al encuentro y el invitar a más personas a que pertenezcan a la M.I. fue el objetivo que perseguía sin tregua el Fr. Maximiliano. No fue tanto como para hacer crecer el número de miembros en su asociación, sino para contribuir lo más pronto posible a conseguir “*la felicidad de toda la humanidad en Dios por medio de la Inmaculada*” (EK 1088), permitiéndola continuar con su misión maternal e universal en todas partes, lo más pronto posible, por medio de la presencia humilde y generosa de más y más “Caballeros” de la Milicia de la Inmaculada.

Los miembros de la M.I. son personas de toda edad, condición y estado de civil, y se encuentran “*en todas partes, pero especialmente en los lugares más importantes, como: 1) la educación de la juventud (profesores de institutos científicos, maestros, sociedades deportivas); 2) la dirección de la opinión de masas (revistas, diarios, su dirección y difusión, bibliotecas públicas, bibliotecas ambulantes, etc., conferencias, proyecciones, cines, etc.); 3) las bellas artes (escultura, pintura, música, teatro); y en fin 4) nuestros Caballeros de la Inmaculada lleguen a ser en todos los campos pioneros y guías en la ciencia (ciencias naturales, historia, literatura, medicina, derecho, ciencias exactas, etc.)*” (EK 92).

San Maximiliano prosiguió así:

“*Que bajo nuestro influjo y con la protección de la Inmaculada, surjan y se desarrollen los complejos industriales, comerciales, los bancos, etc. En una palabra, que la M.I. lo impregne todo y con Sano espíritu cure, fortalezca y desarrolle [todo] a la mayor gloria de Dios por medio de la Inmaculada y para el bien de la humanidad*” (loc. cit.).

¡Éste fue el sueño misionero de San Maximiliano! ¡Estos eran los nuevos horizontes que atraían sus ojos! Su estrategia misionera podía resumirse en un programa que consiste en tres partes:

1. Ser convertido y evangelizarse en la escuela de María;
2. Evangelizar a los demás, por el ejemplo, la palabra y el don generoso de sí mismo;
3. Llamar y formar nuevos evangelizadores.

Siguiendo las huellas de María, la primera misionera

“En aquellos días, se puso en camino María y se fue con prontitud a la región montañosa, a una ciudad de Judá; entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel. En cuanto oyó Isabel el saludo de María, saltó de gozo el niño en su seno, e Isabel quedó llena de Espíritu Santo y exclamó a gritos: ‘Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu seno; y ¿de dónde a mí que venga a verme la madre de mi Señor? Porque, apenas llegó a mis oídos la voz de tu saludo, saltó de gozo el niño en mi seno. ¡Feliz la que ha creído que se cumplirían las cosas que le fueron dichas de parte del Señor!’ Y dijo María: ‘Alaba mi alma la grandeza del Señor y mi espíritu se alegra en Dios mi Salvador porque ha puesto los ojos en la pequeñez de su esclava, por eso desde ahora todas las generaciones me llamarán bienaventurada’” (Lc 1, 39-48).

¿Qué transparencia de Espíritu Santo tenía que haber llenado la persona de María, si su saludo hizo que Isabel, a su vez, se llenara del Espíritu Santo reconociendo en su joven pariente a la Madre de Dios? ¿Qué plenitud de gracia llenaría el corazón de María si tan sólo su saludo podía expresar la Presencia del Salvador y hacer que el Precursor saltara de gozo en el vientre de su mamá?

Este pasaje del Evangelio, en el que San Lucas describe la visita de María a Isabel, revela el alma misionera de María - algo que ejerció una fuerte atracción sobre Maximiliano Kolbe – al punto de inspirarlo a *“llegar a ser, en cierto modo, Ella misma, que vive, que habla, que actúa en este mundo”* (EK 486), para convertirse en misionero de Jesús en el mundo.

El enfoque misionero de San Maximiliano, de hecho, nació aquí: a partir de la contemplación diaria de María, la Mujer del Evangelio, esta Mujer grande y humilde, quien caminó los caminos polvorientos de su tierra llevando a Dios en su corazón y cantando el Magnificat; esta Mujer quien, como leemos en el gran documento conciliar sobre el apostolado de laicos: *“mientras llevaba en este mundo una vida igual que la de los demás, llena de preocupaciones familiares y de trabajos, estaba constantemente unida con su Hijo, cooperó de un modo singularísimo a la obra del Salvador”*³; esta Mujer fuerte quien avanzó en su peregrinación de la Fe⁴ repitiendo su fiat a la Voluntad de Dios en todas las estaciones de su vida, bajo la Cruz... ¡y más allá!

El enfoque misionero de Kolbe en todas partes (en Roma, en su país, en Japón) quiso ser reflejo de la forma de María: una forma a la vez interior y práctica, espiritual y activa.

³ Apostolicam Actuositatem, 4.

⁴ Cf. Lumen Gentium, 58.

Maximiliano, viviendo siempre más intensa y radicalmente su pertenencia a la Inmaculada, su consagración total a Ella, aprendió y acogió las disposiciones de María en relación con Dios y el prójimo, aquellas actitudes que el Papa Pablo VI resumió y describió en su exhortación apostólica sin igual, *Marialis cultus*, la cual presenta a María como la *Virgen orante*, la *Virgen oyente*, la *Virgen Madre* y la *Virgen oferente*.⁵

La primera actitud típica de María que el Padre Maximiliano contempló y adoptó al vivir en comunión con Ella, es ciertamente la de la oración, la unión íntima con el Dios Triuno, Quien hizo de Kolbe un contemplativo en acción.

Sus palabras acerca de la oración reflejan sus creencias, pero ante todo su experiencia:

“En efecto, la oración es un medio desconocido, y sin embargo el más eficaz para restablecer la paz en las almas, para proporcionarles la felicidad, ya que sirve para acercarlas al amor de Dios. La oración hace renacer el mundo. La oración es la condición indispensable para la regeneración y la vida de cada alma. Gracias a ella, Sta. Teresita, sin abandonar las paredes del convento, llegó a ser la Patrona de todas las misiones, y no sólo honorífica, como demuestra la experiencia. Oremos también nosotros, oremos bien, oremos mucho, tanto con los labios como con el pensamiento y experimentaremos en nosotros mismos cómo la Inmaculada se adueñará cada vez más de nuestra alma, cómo nuestra pertenencia a Ella será cada vez más profunda en todos los aspectos, cómo nuestros pecados se desvanecerán y nuestros defectos se debilitarán, cómo nos acercaremos cada vez más a Dios con suavidad y fuerza. [...] En la medida en que ardamos cada vez más de amor divino, podremos inflamar de un amor semejante a los demás” (EK 903).

En cuanto a Maximiliano, podríamos decir lo que escribió Tomás de Celano acerca del Seráfico Padre San Francisco, a saber, que *“hecho todo él no ya sólo orante, sino oración”*⁶.

La segunda actitud interior de María, la Virgen oyente, la cual caracterizaba toda la experiencia misionera del Padre Kolbe, fue sin duda alguna, la atención obediente a Dios, Quien manifiesta Su Voluntad en la Sagrada Escritura, en la Iglesia, en las inspiraciones interiores y en las circunstancias de la vida.

Varias cartas destacan cómo la *obediencia de la Fe* fue el secreto, la brújula

⁵ Cf. *Marialis Cultus*, 17-20.

⁶ Cf. Tomás de Celano: *Vida segunda de San Francisco*, 2 Cel 95.

la, de cada una de sus iniciativas misioneras, que siempre emprendió tras ser validado por la voz de la obediencia.

Esto es lo que escribió en 1931 desde Mugenzai no Sono a los seminaristas de Niepokalanów:

“Queridos míos, ustedes mismos experimentarán en la vida, incluso en esta tierra, que toda la perfección de la santidad, todo el fervor de la acción, toda la eficacia del apostolado misionero no consiste en una gran sagacidad, ni en un gran ingenio, ni en grandes capacidades, y tampoco en cantidades de oraciones y de penitencias, sino únicamente en la perfección de la santa obediencia. Y, ¿por qué? Porque mediante la santa obediencia se manifiesta la verdadera voluntad de Dios, la voluntad de la Inmaculada; mediante la santa obediencia nos convertimos de verdad en un instrumento en sus manos [...]” (EK 380).

La tercera actitud de María, la Virgen Madre, la cual Maximiliano supo traducir en su vida como *amor-caridad*: amor que se vuelve don de sí mismo, lo que significa manos, pies, brazos, ojos puestos al servicio de los demás con la sencillez y la genuinidad de una madre. Este amor evangélico se dirigía primero a sus hermanos, en la realidad de la vida diaria. Fue un amor que involucraba escucha, aceptación, involucramiento, participación, apreciación del otro. Un ejemplo: en una carta del año 1936 (EK 678; escrito después de su regreso a Polonia de la misión japonesa), Maximiliano, guardián de la ciudad-monasterio de Niepokalanów, nos dice que en su programa diario había apartado sus mañanas para escuchar a aquellos hermanos suyos que necesitan consultarlo, y luego sus tardes (y, a menudo también las noches) las dedicaba para visitar a cada persona en su lugar de trabajo. Aún durante los períodos de mucha actividad, encontraba el tiempo para darle atención particular a los enfermos y aquellos que experimentaban el sufrimiento.⁷

Sin embargo, en cuanto a las personas que le provocaban pesadumbre y dificultades de varios tipos, intentaba asimilar actitudes concretas de comprensión, paciencia y perdón.⁸ Sus esfuerzos bondadosos se extendían literalmente a cada persona que conocía, sin distinción (creyentes y no creyentes, judíos, budistas, compañeros presos o guardias Nazi...). Toda situación o circunstancia siempre era providencial en sus ojos: en el tren o en el sanatorio, durante sus viajes misioneros en su país o al extranjero, en una oficina de aduanas donde esperaba que le procesaran sus documentos, o a través de las páginas de su periódico, en el confesionario, o en medio del cuartel del campo de concentración.

⁷ Cf. EK 798; 699; 774; 128.

⁸ Cf. EK 350; 351; 354; 487.

Por fin, el paso más difícil de esta asimilación interior de la forma misionera de María, la Virgen oferente, fue su *disponibilidad de ofrecer su vida día tras día* por los demás, por Dios, la disponibilidad de experimentar el *sufrimiento por amor*.⁹ La contemplación diaria de la participación activa de María en el Misterio de la Cruz lo preparó para abrazar el sufrimiento y el dolor (físico, espiritual y emocional) como medio valioso y efectivo para colaborar con Cristo en la salvación del mundo.

“Queridos hijos, recordemos que el amor vive, se alimenta de sacrificios. [...] Cuando el amor a Ella, a la bondad de Dios en Ella, al amor del Corazón divino que se ha personificado en Ella, cuando tal amor nos haya conquistado y penetrado, entonces los sacrificios serán una necesidad para nuestra alma” (EK 503). *“El amor a la Inmaculada consiste no sólo en un acto de consagración, aunque sea rezado con mucho fervor, sino en sufrir muchas privaciones y trabajar por Ella sin descanso. Todo ello, si se hace cuándo, cómo y porque Ella lo quiere”* (EK 706).

Colaborando con su misión maternal

Esta forma interior le ha impartido un carácter mariano tanto a su obra como a las iniciativas que emprendió. Maximiliano es bien conocido como pionero con sus periódicos y revistas, fundador de la ciudad-monasterio de Niepokalanów (Ciudad de la Inmaculada) en Polonia y en Japón, pero deberíamos de poner hincapié en *la forma mariana* que animaba y caracterizaba estos logros apostólicos, destacando en especial tres aspectos:

1. Pasión por los demás
2. Diálogo
3. El don de sí

1. Maximiliano, al responder a su llamado misionero, hizo una elección precisa y decisiva. En términos actuales diríamos que *colocó al hombre al centro de su acción misionera, el hombre creado a imagen y semejanza de Dios, el hombre con su sed de felicidad, verdad y amor*; él quería llegarle a la gente *de prisa*, dónde se encontraban, introducir el corazón de la Inmaculada en el corazón de cada persona, para que, conquistado por Ella para Cristo, cada uno descubriría su propia alta dignidad como hijo o hija de Dios y sentirse involucrado directamente en la misma misión: ganar a cada persona para Dios por medio de la Inmaculada. Para realizar este plan lo más pronto posible, Kolbe recurrió a la prensa, comenzó a utilizar a la radio y quiso servirse también del cine y del teatro... ¡de todo medio legal!

En los años 30, cuando el Fr. Kolbe decidió viajar a Japón en respuesta

⁹ Cf. Conferencia no publicada, del día 28 de agosto de 1939.

a la exhortación del Papa Pío XI y de su Ministro General, Fr. Alfonso Orlini, quienes pedían la evangelización del mundo, las misiones católicas estaban vinculadas con un territorio bien definido y fueron organizadas en estructuras específicas: parroquias, prefecturas y diócesis, asignadas normalmente a una sola institución religiosa, la cual generalmente emprendía la construcción de iglesias, escuelas y hospitales.

El enfoque que tenía Kolbe en cuanto a su obra misionera era de “pensar fuera de la caja”, más allá de los paradigmas clásicos de su tiempo. Al establecer la nueva misión japonesa, en una tierra donde los católicos eran una minoría, Maximiliano consideraba a toda la nación como territorio de misión. Eligió invertir sus energías en la evangelización y formación de las conciencias, en comprometerse con *iluminar las mentes* con el esplendor de la Verdad y de *inflamar los corazones* (cf. EK 382) con el fuego del Evangelio, según el ejemplo y con la mediación y dirección de la Madre Inmaculada de Dios y Mediatrix de todas las gracias.

Es por esto, con la ayuda de traductores (no solamente católicos, sino también protestantes, budistas y sintoístas) se dedicó a publicar un periódico en japonés, *El Caballero de la Inmaculada*, lo cual, en diciembre de 1930, alcanzó un tiraje de 25,000 ejemplares. Tomó la difícil y valiente decisión de privilegiar las obras espirituales de misericordia, que se dirigen a la salvación eterna del hombre, una elección que no le permitiría medir fácilmente sus resultados, pero que sí reflejaban la forma maternal de María.

En ese contexto, de hecho, Maximiliano se daba cuenta que la comunidad de Mugenzai no Solo sería llamada a ser testigo del “Evangelio de la caridad”, y también a ofrecerles a los hermanos y hermanas japoneses la “caridad del Evangelio” de manera apropiada, comunicando valores cristianos, compartiendo con ellos la Vida nueva y obrando a favor de su crecimiento, hasta que alcanzaran la plena madurez de Cristo.

2. Si pensamos en la vida corta, pero intensa, de Maximiliano, podemos fácilmente imaginarlo siempre en diálogo con los demás, con estudiantes universitarios en Cracovia, con los demás pacientes en Zakopane, con oficiales del estado, con sus compañeros prisioneros, incluso con sus atormentadores en Auschwitz. Maximiliano reconocía que la primera manera para evangelizar es el *contacto personal con el otro*. “Una manera pobre que no requiere de muchas herramientas, pero que, sin embargo, es muy efectiva”, como dijeron los obispos italianos en su carta L’amore de Cristo ci sospinge [El amor de Cristo nos impulsa], en abril 1999. “Una manera pobre, pero no fácil, porque exige siempre dar respuesta a todos los que pidan razón de nuestra esperanza (cf. 1 P 3, 15) por medio de un testimonio cotidiano y ancho, por relaciones fieles al Evangelio, llenas de sentido al nivel personal, familiar y comunitario.” Y, San Maximiliano,

como hermano y amigo, como el Buen Samaritano en la parábola, como mamá, como la Madre bendita, supo cómo estar cerca, para escuchar, tener compasión, consolar, iluminar y platicar con candor y respeto.

3. Llega un momento, quizás para todos, en que nos damos cuenta que las palabras ya no bastan para expresar y dar testimonio del amor. Jesús utilizó estas palabras para preparar a Sus discípulos para que llegaran a comprender hacia dónde la misión que Él les había encomendado les debía de conducir: “*No hay mayor amor que dar la vida... Ámense los unos a los otros... para que el mundo llegue a creer*” (cf. Jn 15-17). Fr. Maximiliano aprendió de Jesús, María, San Pablo y San Francisco que somos misioneros cuando estamos dispuestos, día tras día, a dar nuestra vida, a gastarla y consumirla por amor, con amor, como una madre. Maximiliano había estado entrenándose para esto toda la vida. Comprendía la lógica de Jesús: “*si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda él solo; pero si muere, da mucho fruto*” (Jn 12, 24), y la siguió de inmediato, dejándose conducir diariamente por María y por el Espíritu Santo, haciéndolo su regla de vida. Y así fue misionero y al final mártir, palabra que significa ser testigo de la caridad de Cristo.

En sus apuntes de los Ejercicios Espirituales del año 1937, encontramos una frase muy corta: “*Da teipsum aliis = amor (dónate a ti mismo a los demás = amor)*” (EK 983): frase corta que contiene el misterio completo de una vida.

Preguntas para la reflexión y el diálogo:

- ¿Aceptaremos el legado que nos confía San Maximiliano – el de ser misioneros como María, atentos a los signos de los tiempos, las necesidades del mundo, en las realidades más diversas para volvernos reflejo de la bondad y misericordia de la ternura de Dios?

Compromiso para nuestra vida:

Consagrarme a María sin límites, o volverme a consagrar a Ella con celo renovado.

Ser parte de la M.I. y participar en su misión en la Iglesia y en el mundo.

PRESENTAMOS A LA MILICIA DE LA INMACULADA: EL COMIENZO DE UNA GRAN AVENTURA

Por Antonella Di Piazza, Misionera de la Inmaculada Padre Kolbe

“Ha llovido mucho desde entonces: sucedió hace casi 18 años; por tanto, muchos detalles casi se me han olvidado.” Así, bajo el impulso de su superior, Fr. Kornel Czupryk, el Fr. Maximiliano comienza a desvelar los inicios de la Milicia de la Inmaculada (M.I.) en uno de sus escritos inéditos (EK 1278) – ¡un regalo precioso para nosotros!

Es el invierno del año 1917. Fr. Maximiliano está en Roma, en el colegio teológico internacional de la Orden Franciscana, la Pontificia Facoltà Teologica San Bonaventura “Seraphicum”, preparándose para su ordenación sacerdotal. Solo tiene 23 años, pero su mente y su corazón ya abrazan horizontes universales. Se interesa profundamente en la vida de su familia franciscana, de la Iglesia y del mundo. Ama a Dios y a la Virgen Inmaculada con sencillez evangélica, y desea vivir el Evangelio al pie de la letra, sirviendo al Señor con dedicación generosa de su padre seráfico Francisco, el caballero del Gran Rey. La bondad le atrae al más alto ideal, mientras que las manifestaciones de la maldad lo mueven a actuar.

“Cuando en Roma la masonería salió al descubierto de manera cada vez más atrevida, llevando sus estandartes hasta las ventanas del Vaticano – además, el estandarte negro de los seguidores de Giordano Bruno había hecho pintar una imagen de S. Miguel Arcángel bajo los pies de Lucifer, y en volantes de propaganda atacaba abiertamente al Santo Padre – nació la idea de instituir una asociación que se empeñara en la lucha contra la masonería y los demás servidores de Lucifer. Para comprobar que esa idea venía de la Inmaculada, consulté con mi director espiritual de aquellos años, el P. Alejandro Basile, jesuita [...]. Obtenida la ratificación por parte de la santa obediencia, me propuse comenzar la obra” (EK 1278).

El joven Fraile Maximiliano observa con lucidez los efectos destructivos del secularismo ateo, representado en la Francmasonería quienes descaradamente celebran su 200° aniversario. Es consciente de la diseminación del peligroso indiferentismo religioso y varias teorías antirreligiosas, así como del sutil declive de la moralidad. Sufre al presenciar cierto quietismo entre los católicos, a pesar de la persecución a la que la Iglesia es sometida en varias naciones y de los llamamientos inexorables de los papas a que viviéramos la dimensión misionera del llamado cristiano.

No obstante, el Fr. Maximiliano no se detiene con una visión pesimista de la realidad. Sabe que Jesús es el Señor de la historia, el Príncipe de la Paz. Comprende que la Inmaculada es la Nueva Mujer, llamada por el mismo Jesús a ser modelo, guía y Madre de la gracia para todos los hombres de

todos los tiempos y lugares: “*Mujer, ahí tienes a tu hijo*” (Jn 19, 26). Maximiliano pondera, ora y discierne.

Unos meses después, los jóvenes franciscanos pasan sus vacaciones fuera de Roma, en el monasterio “Vigna”:

“Durante un partido de fútbol empezó a salirme sangre de la boca. Me aparté y me tendí sobre la hierba. Me atendió Fr. Jerónimo Biasi, de santa memoria. Estuve escupiendo sangre durante un buen rato y a continuación fui al médico. [...] Dos semanas más tarde el médico me permitió salir por primera vez del colegio. En compañía de otro clérigo, Fr. (Juan) Ossanna, llegué, con dificultad, a la ‘Vigna’. Los clérigos al verme manifestaron gran alegría y me llevaron higos frescos, vino y pan. Una vez confortado, cesaron los dolores y las punzadas, y por primera vez comuniqué mi idea de formar la asociación a Fr. Jerónimo Biasi y al P. José Pal, que había sido ordenado sacerdote antes que yo, aunque los dos estábamos en el mismo curso de teología. Sin embargo, puse como condición que cada uno de ellos interrogase ante todo a su propio padre espiritual, para cerciorarse de la voluntad de Dios” (EK 1278).

Como suele suceder, una gran aventura comienza con la reunión de amigos que comparten un gran ideal... ¡a veces alrededor de una canasta de higos frescos!

La felicidad de toda la humanidad en Dios por medio de la Inmaculada

San Maximiliano nos dejó una narración sencilla de los primeros pasos que resultaron en la fundación de la Milicia de la Inmaculada (M.I.). Hizo hincapié en cómo la asociación inició con tres compañeros estudiantes del Colegio Seráfico de los Frailes Menores Conventuales en Roma, durante sus vacaciones de verano. A la larga, otros jóvenes frailes se les unieron. Escuchemos a San Maximiliano que narra en sus propias palabras sus memorias de ese día histórico, el 16 de octubre de 1917:

“Así pues, con el consenso del P. Rector, el 17 de octubre de 1917, tuvo lugar la primera reunión de los siete primeros componentes, es decir:

- 1) Fr. José Pal, joven sacerdote de la Provincia rumana;*
- 2) Fr. Antonio Glowinski, diácono de la Provincia rumana (fallecido el 18 octubre de 1918);*
- 3) Fr. Jerónimo Biasi, de la Provincia de Padua (fallecido en 1929);*

4) Fr. Quirico Pignalberi, de la Provincia romana;

5) Fr. Antonio Mansi, de la Provincia de Nápoles (fallecido el 31 de octubre de 1918);

6) Fr. Enrique Granata, de la Provincia de Nápoles;

7) Yo mismo.

“La reunión se celebró de noche, en secreto, en una celda interior cerrada con llave, realizada con un tabique provisional. Frente a nosotros había una pequeña estatua de la Inmaculada entre dos velas encendidas. Fray Jerónimo Biasi hizo de secretario. El fin de aquella primera reunión fue la discusión del ‘programa de la M.I.’ (la cédula de inscripción), tanto más cuanto que el P. Alejandro Basile, que era confesor también del Papa [Benedicto XV], había prometido pedir la bendición del Santo Padre para la M.I.” (EK 1278).

Desde el inicio, el plan trazado en los estatutos de la M.I. fue emocionante y universal:

“Para dar la mano a tantas almas infelices y ayudar a todos para que se acerquen a la Inmaculada, Mediadora de todas las gracias” (EK 1328). Otramente dicho, el plan de la M.I. es trabajar sin cansancio en pro de la “La felicidad de toda la humanidad en Dios por medio de la Inmaculada” (EK 1088).

Sí, el joven Maximiliano ya era un estratega inteligente y creativo, un líder entusiasta, capaz de atraer a otros para que se involucren. Ante todo, era un discípulo atrevido y apasionado del Señor, quien deseaba ardientemente la mayor gloria de Dios, la extensión de Su Reino “en la tierra como en el cielo”, y la felicidad auténtica de cada persona en Aquél Quien es su única fuente verdadera – y esto, por medio de la Inmaculada.

A través de la Bienaventurada Virgen María, Maximiliano encontró al Señor Jesús y en Él las aguas vivas de la Vida eterna (cf. Jn 4, 14), la cual se tiene que compartir con todos. Al pie de la Cruz, María fue la primera en dar acogida a la sed de Jesús, la sed del Amor Crucificado por satisfacer la sed en nuestro corazón, y Maximiliano quiso que la M.I. fuera un instrumento dócil y generoso en las manos de Nuestra Señora para el cumplimiento de este sueño: la felicidad de toda la humanidad en Dios.

Si la palabra “felicidad” aparece constantemente en sus Escritos, ¡tenemos por seguro que no es pura casualidad! Cuando, posteriormente, Maximiliano esbozaba el perfil del Caballero de la Inmaculada, escribió que un miembro de la M.I. “no reduce su corazón sólo a sí mismo y a su familia, a los parientes, a los vecinos, a los amigos, a los compatriotas,

sino que abraza junto a ellos al mundo entero, a todos y cada uno, ya que todos los redimidos por la Sangre de Jesús, sin ninguna excepción, son nuestros hermanos. A todos les desea la verdadera felicidad, la luz de la fe, la purificación de los pecados, que se les inflame el corazón de amor a Dios, un amor sin límites” (EK 1088).

¡Dejémonos ser inflamados por esta pasión por la felicidad verdadera de toda la humanidad en Dios por medio de la Inmaculada! Hagamos de ella nuestro sueño, juntos, con la audacia de San Maximiliano, al invitar a los demás a una relación más profunda con Jesús por la consagración a Nuestra Señora.

Cuando todo parece fracasar...

“Desde esa primera reunión pasó más de un año sin que se realizase ningún progreso en la M.I., al contrario, se acumularon contrariedades de todas clases, hasta el punto de que a veces los mismos componentes se sentían embarazados al hablar de la asociación entre ellos. Más aún, uno de los miembros trataba de convencer a los demás de que la M.I. era inútil.

“Fue entonces cuando se fueron a dónde estaba la Inmaculada, con maravillosas señales de elección, el P. Antonio Glowinski y, unos diez días después, Fr. Antonio Mansi, a causa de la llamada ‘fiebre española’. En cuanto a mí, las condiciones de mis pulmones se agravaron: cuando tosía escupía; y éste fue el principio del cambio; y éste fue el principio del cambio.

“Habiendo sido dispensado de asistir a clases, aproveché aquel tiempo para transcribir el ‘Programa de la M.I.’ y se lo entregué al Rmo. P. General (o mejor, Vicario General, P. Domingo Tavani), a fin de obtener su bendición escrita. ‘Si fueran al menos doce...’, dijo el P. General. Escribió su bendición y expresó el deseo (justo en aquella ocasión, me parece) de que la M.I. se propagase entre nuestros jóvenes.

“Desde aquel momento los nuevos seguidores comenzaron a ser cada vez más numerosos” (EK 1278).

El mismo San Maximiliano siguió recordando los primeros pasos del Movimiento que más tarde se extendería rápidamente a lo largo y ancho de Polonia y otras naciones. Pero ahora habla del tiempo de la gestación, el tiempo durante el cual el grano de trigo tiene que morir para poder volverse una semilla completa y después un pan (cf. Jn 12, 12-26). Maximiliano nos ayuda a reconocer la lógica del Evangelio en obra. Durante más de

un año la M.I. no había visto ningún progreso, mientras que las dificultades y contrariedades intentaron extinguir el entusiasmo. Parecía que todo fracasaba. La muerte de los dos co-fundadores y el agravamiento de la tuberculosis de Maximiliano, sin embargo, *marcaron el inicio del cambio*.

La M.I. comenzó a florecer precisamente gracias a este viaje pascual de sufrimiento y muerte, que dieron lugar a una respuesta siempre más numerosa de parte de las personas que escogieron abrazar su ideal de dedicación total a Nuestra Señora como instrumentos de amor en sus manos inmaculadas.

Durante los últimos 100 años de vida y de misión, la M.I. ha experimentado muchas veces este viaje pascual de pasión, muerte y resurrección en las huellas de Nuestra Señor Jesucristo, en la vida de San Maximiliano y otros miembros de la M.I. y en varias realidades alrededor del mundo. ¡En realidad es buen signo!

“[E]n las obras divinas nada grande nace sin dolor. Por otra parte, ¿podría existir un sacrificio demasiado grande, cuando se trata de la Inmaculada? Nosotros nos hemos consagrado a Ella no sólo en teoría, sino realmente, en la práctica. Y si no nos cansamos en la lucha por la conquista del mundo a la Inmaculada, los sufrimientos no cesarán de abatirse sobre nosotros; y cuanto más denodadamente luchemos, tanto más grandes y numerosos serán los sufrimientos que caigan sobre nosotros. Pero sólo hasta la muerte. Después vendrá la resurrección. Y aun cuando la Inmaculada no nos diese ninguna recompensa por ello (pero eso es imposible), nosotros le consagramos igualmente a Ella con fervor y con entusiasmo toda nuestra vida. En efecto, nosotros nos consagramos a cambio de una recompensa, sino únicamente por Ella” (EK 631).

¡Que nos anime esta perspectiva sobrenatural para poder desgastarnos generosamente por este gran ideal!

Todos los medios, y en especial la Medalla Milagrosa...

En el programa que el Fraile Maximiliano había bosquejado para la M.I., el estratega de la Inmaculada describió los medios que la recién establecida asociación tendría que utilizar en la obra de la evangelización:

*“1. Orar cada día a la Inmaculada, siempre que sea posible, con esta **jaculatoria**: ‘Oh María, sin pecado concebida, rogad **por nosotros** que recurrimos a vos y **por cuantos** a vos no recurren, en modo particular por los masones.’ 2. Usar **todos los medios legítimos** según las posibilidades en los diferentes estados y condiciones de la vida, en las ocasiones que se*

presenten: lo que se deja al celo y a la prudencia de cada uno: el medio más especial sea la difusión de la Medalla Milagrosa” (EK 21).

A lo largo de los años, el Padre Maximiliano no dudaba de declarar que, además de los medios sobrenaturales – la oración y el sacrificio – todos los medios legítimos inspirados por el amor y todos los inventos deben de estar al servicio del Evangelio por la Inmaculada: “*El arte, la literatura, el teatro, el cinema, los libros, el periodismo, la radio, etc., etc.*” (EK 991 Q). Su mente y su corazón siempre fueron atraídos hacia nuevos horizontes con tal de alcanzar cada persona tan pronto como fuera posible y de compartir el don de María, la vida nueva de la gracia. Nunca olvidaría recordarse a sí mismo y a los demás, sin embargo, que en esta obra somos llamados a participar personalmente:

“Pero, antes que nada, nosotros mismos, hasta el completo anonadamiento de nuestro yo, hasta el holocausto total y sin ninguna reserva o limitación (‘penitencia, penitencia, penitencia’). Todo pues [para Ella]: el alma y el cuerpo, todas las facultades del alma y el cuerpo, las capacidades, la energía, la ciencia, etc., etc., todo, todo. El pasado, el presente y el futuro: la vida, la muerte, la eternidad. En una palabra: todo, todo, sin la menor reserva” (EK 991 Q).

Aunque valoraba todos los medios, Maximiliano nos recuerda que, entre ellos, la Medalla Milagrosa - entregada a Santa Catalina Labouré de parte de Nuestra Señora a través de varias apariciones – debe de atesorarse de modo especial. La Medalla es una herramienta pequeña, pero poderosa para tocar a los corazones, una catequesis breve sobre el papel de Nuestra Señora en la Historia de la Salvación. ¡Cuántas historias de sanación espiritual y física, de conversión y apertura a las obras de la gracia se relacionan con la Medalla Milagrosa...! La Medalla no solamente es el signo exterior de nuestra total consagración a María (cf. EK 991 Q), sino también una herramienta de la que todos podemos hacer uso para presentarla a los demás: “*¡Allí tienes a tu Madre!*”.

Descubramos la sencilla efectividad que tiene el ofrecer la Medalla de la Inmaculada a una amistad, un miembro de la familia o hasta un extraño. Nos sorprenderá lo que puede hacer el Señor a través de medios tan sencillos acompañados de la fe y del amor.

Nuestro único estímulo

“El amor al Sacratísimo Corazón de Jesús es el único estímulo que nos empuja a unir a Él, a través de la Inmaculada, el mayor número posible de almas de la manera más estrecha” (EK 1094). Desde el principio del viaje de la M.I., el joven fraile Maximiliano hizo hincapié en que el amor

de Dios, del que el Sacratísimo Corazón de Jesús es el símbolo *por excelencia*, es el objetivo supremo de la vida y de la actividad de la nueva asociación mariana.

Ciertamente, la dimensión fundamental de la espiritualidad de la M.I. es la consagración a la Inmaculada, pero el Fr. Maximiliano siempre subrayaba que María es enteramente relativa a Dios, a Cristo, y su acción maternal se dirige por completo a la conducción de corazones hacia Jesús. El amor por Él y la búsqueda de Su Reino, por lo tanto, representan el impulso y el propósito primordiales del compromiso de cada miembro de la M.I.

El P. Kolbe ponderaba y explicaba sin cesar cómo la devoción y la consagración a Nuestra Señora son medios para alcanzar el fin último de todo:

“[A]sí como Ella es instrumento perfectísimo en manos de Dios, en manos de la misericordia divina, del Smo. Corazón de Jesús, así nosotros somos instrumentos en manos de Ella. Y así, a través de Ella somos instrumentos del Smo. Corazón de Jesús, es decir, de la misericordia de Dios. Por lo tanto, nuestro lema es: ‘por medio de la Inmaculada al Corazón de Jesús’” (EK 339).

Para expulsar toda duda, declara:

“[P]recisamente por el hecho de que nos hemos consagrado sin limitación a la Inmaculada, podemos acercarnos con mayor ánimo al Smo. Corazón de Jesús a pesar de nuestra maldad. Así pues, en realidad, estamos consagrados entera, completa y exclusivamente a la Inmaculada con todas nuestras acciones, y en Ella y a través de Ella estamos consagrados entera, completa y exclusivamente a Jesucristo” (EK 643).

Por lo tanto, pone énfasis en la necesidad de acercarnos más a Nuestra Señora por medio de la consagración total:

“Ser cada vez más de la Inmaculada, profundizar la pertenencia a Ella y, por consiguiente, abrir cada vez más las alas del amor, sobre todo hacia el Smo. Corazón de Jesús y las manifestaciones de Su Amor” (EK 1284).

Utilizando expresiones similares, San Maximiliano esclarece cómo la devoción auténtica a María conduce a un amor más profundo hacia Jesús, haciendo, de hecho, que Lo amemos con el Corazón de la Inmaculada, a la vez que nos hace partícipes de su misión maternal:

“Es así como la vida divina, la vida de la Sma. Trinidad fluye del Smo. Corazón de Jesús, a través del Corazón Inmaculado de María, hasta nues-

tros pobres corazones, pero a veces también a través de otros corazones creados” (EK 503).

San Maximiliano nos presenta una postura maravillosa: Somos miembros del Cuerpo Místico de Cristo y miembros los unos de los otros (cf. Ef 4, 25), llamados a ser los “prójimos” los unos de los otros (cf. Lc 10, 25-37), para convertirnos en instrumentos del bien, canales de gracia, de vida divina los unos para los otros. ¡Como María! Esta es la misión crítica de la M.I.: sembrar a María en todos los corazones para que Ella, la Madre, los pueda conducir hacia el conocimiento de su Hijo y encender en ellos el fuego del amor hacia Su Sagrado Corazón. ¡Qué este fuego dador de vida se extienda a todas partes!

Nuestro ideal

La rápida extensión de la M.I. en Polonia y muchas otras naciones fue motivo de la continua gratitud de San Maximiliano. Su celo misionero, sin embargo, lo movió a soñar con ganar al mundo entero y a cada alma para Dios a través de María Inmaculada.

En el número del periódico *Maly Dziennik*, con fecha 24 de junio de 1936, publicó un artículo que más tarde aparecería en la revista *El Caballero de la Inmaculada*. Parece como si hubiera sentido la urgencia de detenerse y ponderar:

“¿Por qué hemos ido hasta el ‘País de los cerezos en flor’, y, ¿por qué nuestras aspiraciones abrazan todo el globo terrestre? ¿A qué aspiramos? ¿Cuál es nuestro ideal? [...] Diré francamente que no resulta fácil entender nuestro ideal y que es aún más difícil profundizarlo; mejor dicho, podemos profundizarlo cada vez más y conocerlo de manera cada vez más explícita, pero nunca podremos agotar su sublime profundidad. Y, ¿por qué motivo? Porque en este caso se trata de la Madre de Dios. [...] De la Divina Maternidad brotan todas las gracias concedidas a la Sma. Virgen María, y la primera de ellas es la Inmaculada Concepción. Este privilegio debe ser particularmente grato a su Corazón, si en Lourdes Ella misma quiso llamarse: ‘Yo soy la Inmaculada Concepción’. Con este nombre, muy agradable al corazón, queremos llamarla también nosotros. La Inmaculada: he aquí nuestro ideal” (EK 1210).

De repente, pareciera como si Maximiliano rasgara el velo, por así decirlo, para permitir a sus lectores a comprender el ideal al corazón de la vida y de la misión de la M.I.:

“Acercarnos a Ella, hacernos semejantes a Ella, permitir que Ella tome

posesión de nuestro corazón y de todo nuestro ser, que Ella viva y obre en nosotros y por medio de nosotros, que Ella misma ame a Dios con nuestro corazón. Pertenecerle a Ella sin restricción alguna: he aquí nuestro ideal. Penetrar activamente en nuestro ambiente, conquistar las almas para Ella, de manera tal que frente a Ella se abran también los corazones de nuestros vecinos, para que Ella extienda su dominio a los corazones de todos aquellos que viven en cualquier rincón de la tierra, sin tener en cuenta la diversidad de raza, de lengua, y también a los corazones de todos aquellos que vivirán en cualquier momento histórico, hasta el fin del mundo: he aquí nuestro ideal” (EK 1210).

El Fr. Maximiliano no vacilaba en señalar el ideal más alto:

“Además, que su vida se arraigue cada vez más en nosotros, de día en día, de hora en hora, de momento en momento, y eso sin ninguna limitación: he aquí nuestro ideal. Y que esta vida suya se desarrolle del mismo modo en cada alma que existe y existirá en todos los tiempos: he aquí nuestro querido ideal” (EK 1210).

Impreso como un pequeño cartel, este artículo se colocaba en la pared de las celdas de los frailes y en los talleres de Niepokalanów, como invitación a nunca perder de vista el Ideal, penetrar al corazón de la Inmaculada, la Madre de Jesús, nuestro Hermano, la Madre de nuestra vida sobrenatural, de tal manera que cada acción cotidiana, pequeña o grande, sea un continuo dejarse conducir por el Espíritu Santo hacia el objetivo supremo: la santidad, la alta medida de la vida cristiana cuyo signo luminoso en la misma María.

La M.I. dentro de la Iglesia

La noche del 16 de octubre de 1917, el fraile Maximiliano presentó a sus compañeros el programa para una nueva asociación mariana, la Milicia de la Inmaculada, el cual había redactado a mano sobre un pequeño pedazo de papel. Sin mucha consideración en cuanto a la forma, en unos cuantos puntos esenciales había bosquejado *el propósito, las condiciones y los medios* para lograr un proyecto de envergadura universal.

Poco después, el P. Kolbe sometió el programa de la M.I. a la aprobación de la Iglesia. Fue en fecha tan temprana como enero de 1922 que la Milicia de la Inmaculada recibió su aprobación como unión piadosa, es decir, una asociación de fieles con el fin de promover obras de caridad y de apostolado, según el Código de Derecho Canónico vigente entre 1917 y 1983.

Al inicio de su obra apostólica en Polonia, Maximiliano redactó un estat-

uto de la Milicia de la Inmaculada organizada para los sacerdotes de la Orden de los Franciscanos Conventuales (cf. EK 1370); también revisó los estatutos para el círculo M.I. que un grupo de hombres laicos había formado en estrecha colaboración con él (EK 1371). Más tarde, el P. Kolbe ofreció sus propias observaciones para los estatutos generales de la M.I. que un grupo de frailes estaba redactando en Roma. En general, el Fr. Maximiliano parece haberse preocupado más por el “espíritu” de los estatutos que por la “letra”, asegurándose que las normas expresaban un espíritu auténtico de dedicación total a la Inmaculada por la venida del Reino de Dios en todos los corazones, un espíritu “sin fronteras” que difícilmente pudiera encerrarse dentro de los límites de normas legales.

Tras la promulgación del Papa San Juan Pablo II, el 16 de octubre de 1997, del nuevo Código de Derecho Canónico, la M.I. recibió la aprobación pontificia como una *asociación pública internacional y universal de fieles*. La M.I., por lo tanto, es una *asociación pública* porque disfruta de un rango legal gracias a la aprobación de la Iglesia; es universal, porque, habiendo sido aprobada por la Santa Sede, la M.I. obra en el nombre de la Iglesia universal y está abierta a todos los católicos (laicos, clero y miembros de institutos de vida consagrada); es *internacional* porque la M.I. puede extenderse libremente a todo el mundo. Otramente dicho, la M.I. recibió de la Iglesia el más alto reconocimiento, lo cual refleja la inspiración original y universal de San Maximiliano.

La M.I. es y siempre será una realidad más grande que lo que los estatutos mejor redactados pudieran articular. En las palabras propias de San Maximiliano, la Milicia de la Inmaculada “*es una visión global de la vida católica bajo forma nueva, consistente en el vínculo con la Inmaculada, nuestra Mediadora universal ante Jesús*” (EK 1220), y es llamada a ser extensión de la presencia maternal y misión universal de María. “*Estrictamente hablando, el fin de la Milicia de la Inmaculada es el fin de la Inmaculada misma [...]*” cuyo “*único deseo [...]* es elevar el nivel de nuestra vida espiritual hasta las cimas de la santidad” (EK 1220). En 1935, Fr. Maximiliano también escribió que la M.I. “*no debe presentarse como una organización más de las que ya existen, sino que debe impregnar profundamente todas esas organizaciones*” (EK 658), haciendo visible y efectiva la presencia de María todas partes.

Tras cien años de vida y de misión, la M.I. sigue siendo un don para la Iglesia y para cada persona con sed del amor de Dios y de la ternura de María.

Todos a bordo... para extender el Evangelio con la Inmaculada

Una de las cualidades geniales de San Maximiliano fue su capacidad para compartir el ideal y la misión de la M.I. con personas de todas las edades, nacionalidades, antecedentes, y condiciones sociales. Desde el comienzo de su ministerio sacerdotal, tan pronto como regresó a Polonia tras sus estudios en Roma, comenzó a interactuar con sacerdotes y laicos, hombres y mujeres, jóvenes y adultos, invitándoles a emprender un viaje espiritual de dedicación total a la Inmaculada.

En Cracovia, una ciudad universitaria, se acercaba a los estudiantes y seminaristas, además de profesionales independientes, obreros y familias. Inició reuniones de formación para varios grupos, pero pronto se dio cuenta que esto no bastaba para poder alcanzar a toda la gente. Como consecuencia, lanzó una humilde revista, *El Caballero de la Inmaculada*, emitiendo un llamado a la acción dirigido a los miembros de la M.I. de todas partes: en sus familias, en el trabajo, en las escuelas y en cada área de la vida. Por consiguiente, a lo largo de los últimos cien años, la M.I. ha continuado con su extensión mundial y con dar la bienvenida a nuevos miembros entre el pueblo de Dios, tan es así que el 16 de octubre de 1997, la Iglesia la contó entre las Asociaciones Internacionales Públicas de los Fieles.

Si la M.I. nació dentro de la comunidad franciscana, desde el mero principio San Maximiliano estaba convencido que Nuestra Señora quería reunirse en torno suyo una verdadera familia eclesial, en la que todos, según su vocación, colocarían sus talentos al servicio del Evangelio, al vivir y trabajar en comunión para extender el Reino de Dios.

La vasta correspondencia de San Maximiliano demuestra cómo siempre sostuvo un diálogo con los destinatarios más diversos: franciscanos de varios países, laicos y laicas, sacerdotes, religiosas, jóvenes y niños. Compartía sus sueños y planes, les animaba en sus dificultades, y sin descanso pasó el ideal que la Inmaculada le había confiado. Construyó puentes, entretejió relaciones, suscitó el espíritu de la iniciativa, invitando a sus interlocutores a que contribuyeran sus dones y talentos según sus recursos y capacidades. Otramente dicho, despertó la participación de todos para que el mensaje pudiera penetrar en todas partes y alcanzar a todos “*lo más pronto posible*”.

San Maximiliano fue un pionero en esto y ofrece un legado de gran importancia para nosotros hoy en día. En la Iglesia y en la sociedad, ambas marcadas a menudo por fuertes polarizaciones, la M.I. es llamada a ser *una familia* en la que nos esforzamos por la santidad siguiendo las huellas de María a la par que se da la bienvenida y armoniza la variedad de vo-

caciones y dones en la unidad de nuestra Fe católica y de nuestro común ideal. ¿Cómo pudiéramos olvidar cómo San Juan Pablo II hizo hincapié en la urgencia de abrazar una espiritualidad de la comunión? Debemos de ser una familia reunida en torno a María para volvernos testigos e instrumentos de ese plan para la comunión la cual es el punto culminante de la historia humana según el plan de Dios.

San Maximiliano confía a cada miembro de la M.I. su carisma y su visión, y nos invita a darnos sin reserva a la Inmaculada y ser mensajeros apasionados de la sobreabundante Vida y Amor de Dios que nos viene a través del Corazón Inmaculado de Nuestra Señora.

Cómo inscribirse en la M.I.
La membresía está abierta a todos los católicos
de siete años o más de edad.

A. SELECCIONE la fecha en la que quiere que su nombre quede registrado en el registro oficial de la M.I., eligiendo de preferencia una fecha mariana, llene el formato de inscripción y envíelo al Centro Nacional de la M.I., P.O. Box 5547, Peoria, Illinois, 61601. También puede inscribirse en línea en el sitio: MilitiaoftheImmaculata.com.

B. PREPÁRESE para su consagración e inscripción en la M.I. por medio de lecturas espirituales, el rezo del Rosario y la recepción del Sacramento de la Reconciliación el mismo día, o poco antes del día de su inscripción.

C. EL DÍA de su consagración e inscripción en la M.I., asista a Misa, si es posible, y recita el Acta Oficial de Consagración redactado por San Maximiliano. ¡Entréguese de todo corazón a Nuestra Señora para permitir al Espíritu Santo guiarle en el camino de la santidad con Ella! Conforme a las condiciones ordinarias, una indulgencia plenaria se concede de parte de la Iglesia por inscribirse en la M.I. Este don especial fue concedido a la M.I. por el Papa Pío XI en 1926.

Ruegue a Nuestra Señora y a San Maximiliano que le enseñen cómo usted puede servir al Señor como instrumento de amor y de misericordia en su vida y estar dispuesto a compartir el don que ha recibido con todos.

Disfrute de ser parte de la Familia M.I. y manténgase en comunicación por medio de la oración y la visita frecuente de los sitios web de la M.I.:

MilitiaoftheImmaculata.com
MIYouth.org

¡Lleve puesto una Medalla Milagrosa y páselas a los demás! Involúcrese y asista a los eventos locales de la M.I., si es posible.

ACTO DE CONSAGRACIÓN TOTAL A MARÍA EN LA MILICIA DE LA INMACULADA

*En ausencia de un sacerdote o diácono, puede realizar el Rito de Consagración solo o con otro miembro de la M.I. presente. Sin embargo, la Bendición de la Medalla Milagrosa debe ser realizada por un sacerdote o diácono, pero puede realizarse en una fecha posterior.

Canto de Entrada

Sacerdote: Estimados hermanos y hermanas, el Señor les ha inspirado a que se entreguen y se consagren totalmente a María con tal de convertirse en instrumentos de Su gracia en el movimiento de la Milicia de la Inmaculada para la conversión y santificación de toda la humanidad. ¿Desean, por lo tanto, con el auxilio del Espíritu Santo, vivir su vida en unión perfecta con la Inmaculada y ser para todos sus hermanos y hermanas una luz y un ejemplo de la vida cristiana?

Todos: Sí, lo deseamos.

Renovación de las promesas bautismales

Sacerdote: El acto de consagración total a Nuestra Señora les llevará a vivir plenamente su Bautismo. Por esta razón, renovamos ahora las promesas que hicieron por nosotros nuestros padres y padrinos.

¿Renuncian ustedes al pecado, para vivir en la libertad de los hijos de Dios?

Todos: Sí, renuncio.

Sacerdote: ¿Renuncian a todas las seducciones de la mal, para que el pecado no los esclavice?

Todos: Sí, renuncio.

Sacerdote: ¿Renuncian a Satanás, padre y autor de todo pecado?

Todos: Sí, renuncio.

Sacerdote: ¿Creen en Dios, Padre Todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra?

Todos: Sí, creo.

Sacerdote: ¿Creen en Jesucristo, Su Hijo único y Señor nuestro, que nació de la Virgen María, padeció y murió por nosotros, resucitó y está sentado a la derecha del Padre?

Todos: Sí, creo.

Sacerdote: ¿Creen en el Espíritu Santo, en la Santa Iglesia Católica, en la comunión de los Santos, en el perdón de los pecados, en la resurrección de los muertos y en la vida eterna?

Todos: Sí, creo

Sacerdote: Que Dios Todopoderoso, Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos liberó del pecado y nos ha hecho renacer por el agua y el Espíritu Santo, nos conserve con su gracia unidos a Jesucristo nuestro Señor, hasta la vida eterna.

Todos: Amén.

Acto Oficial de Consagración a la Inmaculada

Redactado por San Maximiliano Kolbe

Sacerdote: Recitamos juntos la fórmula de consagración que compuso San Maximiliano Kolbe, fundador de la Milicia de la Inmaculada. Invito a todos los miembros de la M.I. aquí presentes a que renueven su consagración al unirse en la recitación de esta fórmula. Los candidatos a la M.I. que ya se han consagrado a María utilizando la fórmula de San Luis de Montfort u otras fórmulas similares, no solamente renuevan su consagración al recitar la fórmula de San Maximiliano, sino que también se comprometen explícitamente a servir la causa de la Inmaculada como instrumentos en sus manos inmaculadas y misericordiosas para atraer todos los católicos alejados e indiferentes y todas las demás personas hacia el bendito

Reino de Sacratísimo Corazón de Jesús.

Todos: Oh Inmaculada, Reina del Cielo y de la tierra, Refugio de los pecadores y Madre nuestra amorosísima, a quien Dios quiso confiar la entera economía de la misericordia, yo (nombre), indigno(a) pecador(a), me postro a tus pies, suplicándote humildemente que quieras aceptar todo y completamente como cosa y propiedad tuya, y que hagas lo que te agrada de mí, de todas las facultades de mi alma y de mi cuerpo, de toda mi vida, muerte y eternidad.

Haz de mí y de todo mi ser lo que tú quieras, sin reserva alguna, para que se cumpla lo que fue dicho de ti: “Ella te aplastará la cabeza” (Gn 3,15), como también: “Tú sola destruiste las herejías en el mundo entero” para que en tus manos inmaculadas y misericordiosísimas yo llegue a ser un instrumento útil para injertar e incrementar lo más fuertemente posible tu gloria en muchas almas extraviadas e indiferentes y para extender, de ese modo, lo más que sea posible, el bendito Reino del Sacratísimo Corazón de Jesús. En donde tú entras, obtienes la gracia de la conversión y de la santificación, ya que toda gracia fluye, a través de tus manos, del Corazón dulcísimo de Jesús hasta nosotros.

Sacerdote: Concédeme que te alabe, Oh Virgen Santísima.

Todos: Dame fuerzas contra tus enemigos.

Rito de Bendición e Imposición de la Medalla Milagrosa

Sacerdote: Nuestro auxilio es el Nombre del Señor.

Todos: Que hizo el cielo y la tierra.

Sacerdote: Oremos.

Dios Todopoderoso y Misericordioso, Quien, por medio de las múltiples apariciones de la Virgen Inmaculada en la tierra se ha dignado obrar grandes maravillas, bendice + estas medallas, para que todos aquellos que las portan con amor y veneración puedan disfrutar de Tu protección y obtener Tu misericordia. Por Cristo nuestro Señor.

Todos: Amén.

Los nuevos consagrados se acercan al sacerdote y reciben la medalla bendecida.

Sacerdote: Recibe esta medalla sagrada, pórtala con Fe y venérala con amor.

Todos: Que así sea.

Sacerdote: Sean ahora fieles a todo lo que se han comprometido y tengan la seguridad de que la Inmaculada Virgen María Madre de Dios les protegerá y defenderá de todo mal en su cuerpo y en su alma. Puesto que la Virgen Inmaculada está siempre dispuesta a renovar sus admirables actos de bondad, que les obtenga en su misericordia lo que puedan con humildad a Dios, para que tanto en la vida como en la muerte puedan descansar felizmente en su abrazo maternal.

Todos: Amén.

Exhortación Final

Sacerdote: Oremos a Nuestra Señora utilizando la oración recomendada por San Maximiliano para su recitación diaria.

Todos: Oh María, concebida sin pecado, ruega por nosotros que recurrimos a ti y por cuantos a ti no recurren, en especial por los enemigos de la santa Iglesia y por aquellos que te son encomendados.



¡CONSÁGRATE A MARÍA!

Consagración mariana e inscripción en la M.I.

Para pedir mayores informes sobre la consagración mariana y membresía en la M.I., para unirse a la M.I., o para enviar un donativo en apoyo a la misión de Nuestra Señora, favor de sacar una fotocopia de esta forma, llenarla, colocarla en un sobre rotulado con su dirección y con una estampilla, y enviarla a la Oficina Nacional Hispana de la M.I. en los Estados Unidos.

Los miembros reciben un certificado de membresía que se puede enmarcar, una Medalla Milagrosa y correspondencia con el Centro Nacional M.I. - EE.UU., incluyendo el boletín informativo mensual.

Sí, quisiera unirme a la M.I. Comprendo los requisitos de inscripción descritos en este folleto y llevaré adelante los fines de la M.I. Favor de inscribirme a partir de esta fecha: _____

Deseo apoyar la obra de la M.I. con un donativo con el monto de \$ _____

Favor de hacer su donativo a nombre de la Militia of the Immaculata.

Sr. /Sra./ Srta./ Otro _____

Dirección: _____

Ciudad: _____ Estado: Código Postal: _____

Teléfono: _____ Celular: _____

Correo electrónico*: _____

Fecha de nacimiento: ____ / ____ / ____

* Al proporcionar su correo electrónico, podrá recibir el boletín informativo mensual y otras notificaciones. Gracias.

MI National Center-USA
P.O. Box 5547, Peoria, IL 61601
Teléfono: 331-223-5564